

Y sin embargo te quiero

Pauselli, Emilio Pedro

Y sin embargo te quiero / Emilio Pedro Pauselli.

1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Emilio Pedro Pauselli, 2019.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: online

ISBN 978-987-86-1674-2

1. Narrativa Argentina Contemporánea. I. Título.

CDD A863

Edición: Nancy Boufflet

Diseño de tapa: Mariana Pelato

Índice

| | |
|-------------------------------------|----|
| El gran simulador | 4 |
| La identidad de Dios..... | 26 |
| Lugh | 33 |
| Semana Santa | 41 |
| Y sin embargo te quiero | 56 |
| El (g)Arca de Noé..... | 66 |
| Eco..... | 76 |
| Con ese mismo cuerpo | 84 |
| Los monstruos del Apocalipsis | 91 |

El gran simulador

Ese día despertó, como siempre, a las 5 de la mañana. En la ciudad invernal a esa hora es noche cerrada aún, momento especial para orar y reflexionar sobre cómo servir mejor a Dios en esa jornada.

Café, pan tostado, frutas... la mesa y una única silla. El desayuno, acompañado por la lectura del periódico que el encargado pasa por debajo de la puerta, será el único ritual de soledad que tendrá disponible hasta que, a altas horas de la noche, regrese ya cenado a reencontrarse con su intimidad.

En la habitación contigua una pequeña biblioteca y filmoteca aguarda al dueño de casa cada vez que debe enfrascarse en su trabajo. Un escritorio poco modesto es su lugar de lectura, una cómoda silla con respaldo alto y apoyabrazos, y una lámpara direccionable para contar siempre con la mejor luz, en el ángulo apropiado. Completa el mobiliario un sillón de una plaza que enfrenta la pared ocupada por la pantalla donde se materializan las imágenes de un proyector sujeto al techo de la habitación. La ventana que da al interior del edificio vive permanentemente frustrada ya que una gruesa cortina interior impide que la luz toque, así sea de vez en cuando, a alguno de aquellos objetos.

En su portafolio, esa mañana, viajan cómodamente el libro, su computadora, el *smartphone* y su cuaderno de notas. Desde que existía el *wifi* no era necesario llevar nada más y, aunque no existiera, probablemente en su caso tampoco. Todo su trabajo era leer, mirar, escuchar, anotar y decir.

Puntualmente, a las siete de la mañana, el Consejo estaba sentado cómodamente alrededor de una mesa de madera laqueada, protegida por un vidrio que hacía resaltar más aún su superficie brillante.

Amoedo sacó su cuaderno de notas del portafolio. La computadora no hacía falta por ahora y el libro trataría de no sacarlo bajo ninguna circunstancia: es difícil hablar de las pruebas delante del sospechoso. El *smartphone* no se utilizaba en ningún momento en esa reunión: un observador venido del futuro llegaría a la conclusión de que aún no se había inventado.

El que por canas y arrugas parecía el más anciano, le hizo una señal con la cabeza para que comenzara.

—Queridos hermanos, con la ayuda del Señor he leído la obra que preocupa a este Consejo. Antes que nada, déjenme decirles que considero se trata de un peligro menor aunque, claro, esa es vuestra decisión.

La modestia, real o fingida, era imprescindible para manejarse en ese ámbito. Allí ninguna opinión era definitiva, todo se podía acomodar a las necesidades de cada momento y, sobre todo, de cada grupo que manejaba distintas porciones de poder.

—Permítanme comenzar por el título ya que, explicándolo, tendrán una idea completa de la obra. El libro se llama *El gran simulador*. Este título ha sido usado otras veces con distintos fines: existe, por ejemplo, una película argentina que trata sobre un mago, o también una canción de un grupo musical norteamericano que habla de un hombre que finge ser feliz aunque haya perdido a su verdadero amor; en fin, que no es

para nada original. Lo original, sí, es el tema –hizo una breve pausa para asegurarse de la atención de sus oyentes.

»En el caso de este libro, el gran simulador no es ni un ilusionista ni un amante fracasado, se trata, nada más ni nada menos, que del personaje bíblico Jacob. –No logró percibir si para alguno de ellos esta noticia era una novedad. Probablemente la mayoría habría leído al menos una reseña del libro, por eso, antes de decir “Jacob”, levantó la vista y recorrió el rostro de todos los presentes, pero no descubrió ni una ceja, ni un labio ni otro músculo de la cara que expresara alguna sorpresa. Tampoco sabía de qué se maravillaba: conocía muy bien la capacidad de todas esas personas para disimular, así se estuviera prendiendo fuego su calzoncillo.

»La tesis del libro –continuó Amoedo– se resume en lo siguiente: el inicio de la genealogía del pueblo elegido y, por lo tanto de Jesús y de todos los que reivindicán la Santa Biblia como libro de la revelación, está basada en el engaño del que Jacob hace víctima a su padre, haciéndose pasar por su hermano Esaú, para obtener la bendición paterna que le correspondía a aquel. ¿Qué clase de Dios, se pregunta el autor, da una ley que ordena “no mentirás” y a la vez acepta que la mentira sea fundante de la historia de su pueblo?

Ahí sí notó que su frase había causado cierto impacto en algunos de los presentes que, justo en ese momento, sintieron la necesidad de acomodarse en sus asientos. En su oficio, Amoedo estaba siempre al borde de ser acusado de utilizar el nombre de Dios en vano, así que el tipo de mención directa como la que había hecho recién, sólo la arriesgaba en los casos en que

consideraba que su público quizás no comprendía bien el valor de su trabajo.

–El libro comienza con una cita bíblica, cito: “¿Eres tu mi hijo Esaú? Y Jacob respondió: Yo soy”, Génesis, 27-24; y termina con otra cita textual: “Entonces Isaac dijo a su hijo: ¿cómo es que hallaste la caza tan pronto, hijo mío? Y él respondió: Porque Jehová tu Dios hizo que la encontrara delante de mí”, Génesis, 27-20. Y estas dos citas, al principio y al final del libro, enmarcan todo su contenido.

Con una rápida mirada Amoedo percibió que el Consejo había comprendido el mensaje, así que marcó aún con más la claridad cómo ese texto sagrado incriminaba inevitablemente a Jacob:

–La primera de las citas evidencia que Jacob es absolutamente consciente de su mentira ya que, con cualquier derecho que se sintiera a heredar la primogenitura de su hermano, niega su propia identidad—. Se tomó unos segundos para introducir su segundo comentario, haciendo coincidir con habilidad las separaciones lógicas de su exposición con las cronológicas de su discurso. –La segunda de las citas muestra un Jacob dispuesto a todo con tal de conseguir su objetivo, ya que compromete al mismo Dios como parte de su engaño.

Los consejeros escuchaban con atención, así que Amoedo cerró esta primera parte con una frase breve pero sonora:

–Estamos ante un caso, hermanos, del que bien se podría decir que está guiado por la máxima “el fin justifica los medios”.

Algunos de los presentes abandonaron en ese momento su aspecto sublime, sacaron quien un cuaderno, otros una agenda, y se pusieron a tomar notas. *Objetivo uno, conseguido*, pensó con satisfacción Amoedo: ya había obtenido la atención del Consejo.

–Voy a leerle algunos párrafos escogidos para que vean el temperamento filosófico de la obra –siempre leyendo de su cuaderno de notas –: “¿Cuál es una buena razón para mentir? Engañar no ha sido algo bien visto desde muy antiguo, salvo que sea para obtener una ventaja sobre el enemigo. Así, el engaño del caballo de Troya ha pasado a la historia como ejemplo de sagacidad. Pero si salimos del caso de los enemigos, donde el fin último será el triunfar sobre ellos perjudicándoles en todo lo que sea posible, ¿cómo se podría sostener el engaño como virtud? ¿Cómo se puede defender que un hermano defraude a otro hermano para obtener la bendición de su padre como primogénito?”.

Uno de los del Consejo carraspeó. Era signo inequívoco de que moría por hablar y retrucar ya mismo al autor del libro. En esa mesa estaban algunos de los más expertos intérpretes de las sagradas escrituras y, los que no lo eran, tenían tanta familiaridad con el texto que podían participar con solvencia de cualquier debate que se basara en ellas. Claro que ninguno llevaría nunca una Biblia a una reunión de ese tipo: allí se citaba de memoria y era la memoria de los demás la que certificaba la validez de la cita.

Luego de una breve pausa, continuó:

–Pero el planteo de este autor no es ingenuo ya que, por una parte describe a Jacob como un embustero, pero por otra ofrece una explicación de su conducta. Cito: “Pero no es tan simple la situación: en algún sentido su hermano mayor, por ser el primogénito, era también su enemigo. No había entre ellos una guerra declarada, ya que la costumbre sancionaba esas prerrogativas para el primer hijo. Pero, en otro sentido, esas ventajas no tenían más sustento que esa misma costumbre. ¿Por qué el orden de nacimiento establecía el orden de mérito? ¿Es aceptable alguna diferencia entre las personas que no encuentre su fundamento en lo que cada una es capaz de realizar?”.

Amoedo conocía bien en su actividad lo que significaba “la división del trabajo”. Él era el responsable de lograr un retrato fiel de los contenidos que, en libros, canciones, series o películas, pudieran contener algún tipo de agravio. El Consejo analizaba esos contenidos y los cursos de acción a seguir. Cuando el Consejo le encargaba el análisis de la obra, probablemente en el mismo momento, requería a otras personas toda la información disponible sobre el autor o los autores. Amoedo agradecía que esa no fuera su responsabilidad, ya que dicho cometido se encontraba bastante lejos de la doctrina y bastante cerca de los servicios de inteligencia propios y ajenos.

–Este es el resumen más apretado que puedo ofrecerles. Pueden hacerme todas las preguntas que consideren necesarias.

Las miradas entre algunos miembros del Consejo decidieron la conducta.

–Tomemos un café y ya seguimos –dijo uno de los mirantes de la escena anterior.

Claro que tomar un café a escasos treinta minutos de haber comenzado la sesión no se debía al cansancio, aunque la hora lo hacía apropiado. Él, claro, sabía lo que eso significaba. En pequeños grupos, entre tres o cuatro para ser más preciso, en los próximos minutos se decidiría cómo continuar con la reunión. Eso incluía si lo iban a invitar a quedarse. Según su experiencia, esa invitación ocurría cuando el debate podía ser interesante pero no sangriento. En tal caso, su presencia les permitía consultarlo sobre la pertinencia de los argumentos que estaban puestos en la mesa.

Si no lo invitaban a quedarse podía deberse a dos tipos de situaciones. La primera, que los desacuerdos fueran muy grandes y, en el Consejo, este tipo de discusiones se realizaban sin testigos. Pero también podía deberse a que ya tenían bastante información sobre el tema y no iban a seguir tratándolo en esa oportunidad. En tal caso, le agradecerían por el servicio prestado y seguirían a solas tratando asuntos que él desconocía, pero imaginaba de mucha más importancia.

Se levantó, como todos, y pasó a la sala contigua donde se servía el café.

El Consejo, en realidad, no se había creado nunca: existía desde siempre, quizás desde el inicio de los tiempos. Al menos, desde que algunos seres humanos se sintieron con cierto poder, ellos o las instituciones a las que pertenecían, y comenzaron a poner especial cuidado en comprender por anticipado todas las amenazas que podían enfrentar. Ya explicó muy bien el Herodes de Franco Zefirelli por qué había que matar a los profetas.

Pero este Consejo, cada Consejo, tenía una fecha de nacimiento y de decrepitud que variaba de acuerdo a muchos factores, los principales de ellos referidos a las influencias, intrigas y deseos postergados que alberga todo grupo humano. Para hablar solo de las últimas décadas, hubo Consejos cuyas resoluciones eran prácticamente obligatorias para todos y, en otras coyunturas, sus sugerencias pasaban desapercibidas. Porque la distancia entre una decisión del Consejo y que ésta se reflejara en algún documento oficial o declaración pública, variaba considerablemente de un momento a otro.

Claro que cada Consejo tenía también sus adherentes incondicionales, pero eso se basaba más en compromisos personales y en un juego de favores recibidos que comprometían lealtad, aun a pesar de lo que ocurriera oficialmente. Pero ningún Consejo hacía historia con sus decisiones si estas sólo eran aplicadas en algunos lugares aislados del planeta. La palabra clave era “doctrina”, todo lo que no llegaba a expresarse en la doctrina -confirmándola, retocándola o cambiándola- era considerado trabajo nulo, sin efecto.

Era fácil criticar a Consejos anteriores, eso si no se tenía en cuenta que cada uno había tomado sus decisiones en un momento concreto de la historia. Con el diario del día siguiente todos sabemos qué acciones cotizaron más alto en Wall Street, pero eso no tiene ningún valor; lo hubiera tenido el saberlo antes.

Así que todos sus miembros también comprendían que el suyo era un trabajo de riesgo. Quizás por eso el Consejo no figuraba en ningún organigrama, no tenía autoridades conocidas, no

sacaba resoluciones escritas, no se le asignaba un lugar de funcionamiento y nadie hubiera podido saber cuáles eran sus integrantes.

No era una congregación ni una secta y, menos aún, un grupo de fanáticos. Era lo que era, un Consejo que, de tanto no existir, podía realizar su trabajo sin estridencias, con método, con seriedad casi científica.

El Consejo regresó a la sala de reuniones, con Amoedo incluido. Cada uno volvió a su lugar y a sus notas. Uno de ellos habló primero y fue para hacer una pregunta al expositor:

—Al inicio de esta reunión usted nos dijo, hermano, que consideraba a este libro un peligro menor. ¿Nos podría decir por qué?

Amoedo se impresionó, una vez más, por la capacidad de estas personas de citar con exactitud. Con ellos, el lenguaje no contenía efectos ilocucionarios o perlocucionarios que valieran, Austin, Searle y todos los que vinieron después trabajaron en vano; lo único que seguía existiendo para el Consejo, en lo que al habla se refiere, eran actos constatativos. “Por favor, explique qué quiere decir lo que dijo, no nos interesa por qué lo dijo”.

Pero, como esto no era una sorpresa para él, contestó con la tranquilidad que se esperaba en ese lugar:

—Principalmente por tres razones. La primera, que el libro se basa en un episodio de la Santa Biblia al que toma aisladamente,

no lo relaciona con otras partes del texto y no establece como una constante el uso de la mentira; sólo lo destaca en ocasión del episodio de Jacob. La segunda razón es que la comprensión de la obra del autor requiere contar con ciertos recursos intelectuales, digamos, disponibles solo para un reducido número de personas, aquellas que trabajan profesionalmente sobre temas éticos. La tercera de las razones, que me hace pensar que el libro en sí no es una gran amenaza, es la posibilidad de interpretaciones alternativas del mismo episodio de Jacob, sobre todo basadas en consideraciones antropológicas y culturales sobre la época del relato.

—¿Usted no ha escuchado que de malos libros se hacen excelentes películas? —le preguntó sonriendo el mismo que le hizo la pregunta inicial.

Con el mismo gesto afable Amoedo respondió inmediatamente:

—Pero este no sería el caso. No es un mal libro.

Casi todos se pusieron a reír como resultado de este diálogo. Amoedo comprendía que no se debía solo a su respuesta, quizás ingeniosa; probablemente, sin saberlo, había dado pie a algún ajuste de cuentas pendientes entre ellos. Pero no dio tiempo para que se realinearan ordenadamente todas las relaciones en el Consejo, relaciones que, por otra parte, él conocía muy parcialmente. Así que agregó:

—No es el caso de la novela de Dan Brown, a la que no se le prestó mucha atención y luego nos afligió la popularidad alcanzada por la película. *El código Da Vinci* creó un mito ubicado en el pasado para transformarlo en un tema actual. En

este caso, justamente porque el autor no construye un puente hasta el presente, es probable que no tenga ese tipo de trascendencia.

Las caras indicaban que la prueba había sido superada. El anciano, con un gesto de su cabeza, dio a entender a todos que estaba abierta la posibilidad de expresar opiniones.

Enseguida uno de los consejeros tomó la palabra.

–Queridos hermanos, esta vez coincido con que no estamos frente a una amenaza de importancia. Para alguien desprevenido puede parecer una incongruencia el ardid que usa Jacob para hacerse bendecir, pero eso solo obedece al desconocimiento de las Sagradas Escrituras.

Todos lo miraban con atención, aunque todos sabían lo que iba a decir. Justamente ese miembro del Consejo representaba el punto de vista de la interpretación tradicional de las Sagradas Escrituras. No había llegado aún a sus oídos, y todo hacía suponer que ya no llegaría, la noticia de que era no solo conveniente sino necesario adecuar la interpretación de los textos en consonancia con los tiempos. Y más aún, no era esperable que ese consejero identificara que esa era, exactamente, su tarea.

Pero para el Consejo su presencia representaba una considerable economía: no era necesario consultar las interpretaciones tradicionales, él las decía con absoluta precisión.

Continuó entonces el que estaba en uso de la palabra:

–Son bien conocidos los dos fundamentos que hacen legal la conducta de Jacob. El primero de ellos es que él compró la primogenitura, Esaú se la vendió por un plato de comida.

La compraventa como fundante del derecho de Jacob era, claro está, un mal argumento. Ya lo diría Amoedo a su tiempo.

–Pero la segunda y más importante fuente de legitimidad de la primogenitura de Jacob es que Jehová lo prefería a él y no a su hermano. En eso es muy claro el libro del Génesis, ya que el mismo Jehová le dice a Rebeca: “Dos naciones hay en tu seno, y dos pueblos serán divididos desde tus entrañas; un pueblo será más fuerte que el otro pueblo, y el mayor servirá al menor”, Génesis 25-23.

Finalizada esa cita calló.

–¿Aborda el libro alguna de estas dos interpretaciones que ha expresado el hermano? –preguntó otro.

–Las dos –respondió Amoedo.

–¿Podría brevemente ilustrarnos sobre el tema?

–Con gusto. Sobre el primero de los argumentos, el autor dedica un capítulo a establecer el tipo de transacciones que quedaban legalizadas a través de la compraventa. Recopila como principales prácticas de ese tipo las que incluían, en orden de importancia, ganados, pozos de agua y mujeres, todos bienes tangibles. Establece tres argumentos para indicar que la venta de la primogenitura no es una fuente de legitimidad. El primero, el escaso valor que incluye la transacción; el autor hace aparecer

el episodio como un juego de palabras entre hermanos más que como una venta en sí. La segunda es que toda compraventa se realizaba ante testigos relevantes que, en esta oportunidad, bien podrían haber sido Isaac y Rebeca. La tercera es la falta de rituales, como comidas u ofrendas, que acompañaban las transacciones en aquella época.

–Ese es un argumento de ignorantes –replicó el que había hecho uso de la palabra, con cierto enojo–. ¿Es que esa gente, que vivía en el desierto, siempre tenía testigos a mano cuando hacía un pacto?

La inconsistencia de la réplica se hizo patente a todos los que estaban en esa mesa: justamente el autor proponía que los testigos podrían haber sido los propios progenitores, con los que vivían. El resto del Consejo no expresó ninguna emoción ante esta protesta. Por el contrario, retomando el pedido anterior, uno de ellos dijo:

–Y sobre el segundo argumento, ¿qué dice al autor?

–Muy bien –retomó Amoedo–, sobre la predilección de Jehová por Jacob el autor trata el tema en distintos capítulos. Argumenta que, salvo que se atribuya a Dios una conducta errática o caprichosa, el texto reflejaría una actitud de intolerancia cultural y religiosa por parte de los autores o transmisores del texto.

»Esaú era una persona más integrada al medio social que lo rodeaba, ejemplo de lo cual es que toma mujer entre los heteos, vecinos del lugar. Por el contrario, Jacob expresa una personalidad más introvertida, se identifica más con la madre y

con las tareas domésticas, permanece más aislado dentro del núcleo cultural y religioso originario de la familia.

Amoedo sabía que tenía un tiempo limitado para ese tipo de disquisiciones, si estas se extendían el Consejo iba a comenzar a perder interés y, lo que es más probable y menos conveniente, a irritarse. Pero él tenía bien calculado como volver al camino recto que, sin sinuosidades, lo llevara a su objetivo.

–La Sagrada Escritura da pie a esta interpretación del autor. Allí se dice que “cuando Esaú tomó por mujer a Judit hija de Beeri heteo, y a Basemat hija de Elon heteo, fueron amargura de espíritu para Isaac y para Rebeca”, Génesis 26, 34-35 –completó, mostrando, humildemente, que él también podía citar de memoria.

En ese momento nadie quiso agregar más nada. Todos sabían que Jacob hizo un largo viaje y buscó mujer donde vivían parientes que compartían la misma religión. Tampoco eran tan ingenuos para reprochar que Esaú se haya casado con dos mujeres; Jacob se casó a su vez con sus primas Lea y Raquel, dos hermanas adoradoras de Jehová.

–¿Podría usted indicarnos otros argumentos que justifiquen a Jacob y que el autor rebata en su libro? –preguntó otro de los del Consejo.

–Sí. No se trata de argumentos contra interpretaciones bíblicas, pero sí atendibles desde el sentido común.

Era un día bueno para Amoedo. Quedaba claro que nadie había leído el libro, que les estaba resultando simpática su idea de que

no había que darle mucha importancia y, lo principal, que confiaban en su capacidad para hacer su trabajo. Así que continuó:

–El autor se pregunta si puede justificarse la conducta de Jacob a partir del hiato temporal que separa ese acontecimiento del momento en que Moisés recibe las tablas de la ley, donde se establece explícitamente el mandamiento de no mentir.

–Interesante. ¿Y qué dice el autor a eso?

–Leo –y tomando su cuaderno continuó –: “Todavía no estaba escrito en piedra el ‘no mentirás’, pero la humanidad ya sabía que eso no estaba bien. Lo sabía el propio Jacob. No por otra causa huye de su hermano, ya que consideró que, con toda justicia, éste tomaría venganza por la mala acción que él había realizado al engañar a su padre”.

–¿Y qué opina usted de esto que dice el autor?

Amoedo comprendió que la pregunta, aparentemente tan inocente, estaba erizada de peligros. En verdad, le quedó claro que al consejo no le interesaba para nada lo que el autor había escrito: este era un examen personal que debía rendir él. ¿Quién estaba encargado de analizar estos contenidos?, ¿un creyente o un antropólogo? ¿Un hombre temeroso de Dios o un historiador?

–Estamos aquí ante dos interpretaciones posibles –empezó Amoedo–. La primera lee literalmente el texto sagrado. En ese caso, la obligación, el mandamiento, existe desde que Dios lo dio a los hombres a través de Moisés en el monte Sinaí. La otra

interpretación es histórica: no importa el texto sagrado, los grupos humanos fueron evolucionando y encontrando prácticas positivas en sus relaciones mutuas, como la de “No mentir”; sería la interpretación que, racionalizada, expresa el imperativo categórico de Kant.

Todos habían descuidado sus notas y lo miraban con sumo interés, sobre todo porque a nadie pasó desapercibido que lo dicho hasta ahora era la introducción a su respuesta, pero la respuesta en sí estaba por venir. Con la pausa justa para marcar esa diferencia, Amoedo continuó:

–Yo creo que la historia existe como historia de Dios. Si no fuera así, el hombre sería un animal más que no tendría idea sobre si hay que mentir o no hay que mentir. Pero Dios ha hecho madurar esa idea en la historia del hombre; no es tan importante el momento en que se da la ley, sino que la ley exista en el corazón del hombre como regalo de Dios.

Uf, no sabía si había logrado disimular la tensión interior que conllevó esa respuesta. Así como los miembros del Consejo eran maestros en el arte de simular, también lo eran a la hora de descubrir a los malos simuladores.

–¿Qué otro argumento contesta por anticipado el autor, de estos que usted llama “de sentido común”?

El tono de la pregunta dio a entender que todo estaba bien, que la respuesta anterior había sido, al menos, aceptable. Ya más relajado continuó:

–Otra de las ideas que rebate por anticipado el autor es la posibilidad de transferir la responsabilidad a la madre de Jacob. Efectivamente, Rebeca le dice “Ahora, pues, hijo mío, obedece a mi voz en lo que te mando”, Génesis 27, 8. Y ante el reparo que pone Jacob de que si su padre nota el engaño lo maldecirá, aquella completa: “Hijo mío, sea sobre mí tu maldición”, Génesis, 27, 13.

–En este momento del mundo –se apresuró a aclarar otro del Consejo– no existe ninguna posibilidad de culpar a otra mujer, ni siquiera en sentido figurado. Ya la atribución de la responsabilidad del pecado original a Eva está causando problemas bastante difíciles de resolver.

–Además –agregó Amoedo –, el autor se encarga de mostrar lo contradictoria que sería esa interpretación ya que, si había una obligación de Jacob de obedecer a su madre, también la tenía Esaú respecto de su padre. Leo: “Pero, ¿en qué sentido era superior la conducta de Jacob respecto de la de su hermano? El padre dijo a Esaú que fuera a cazar y le preparara una comida con el producto de la caza. El hijo obedeció, tomó el arco y la lanza y fue a buscar su ventura. Pero su hermano menor, quizás rebelde con causa, fue hasta el rebaño y mató dos cabritos: en un breve espacio de tiempo se presentó con la comida haciéndose pasar por el otro. El uno intentó complacer a su progenitor, el otro intentó defraudarlo y, lo que es peor, lo logró. De donde se sigue que el triunfo del mal sobre el bien viene desde antiguo”.

Algunos murmullos siguieron a la lectura de este último fragmento de *El gran simulador*. Varios de los miembros del consejo intercambiaban unas palabras en voz baja con su

compañero más próximo. Estos intercambios, casi inaudibles, tenían todo el aspecto de referirse a temas de procedimiento y no de contenidos. En ese momento, el más anciano, que había estado todo el tiempo en silencio aunque condujo la reunión con sus gestos, dio indicios de que iba a hacer uso de la palabra. Eso provocó un inmediato silencio.

–Hermanos, hemos escuchado con atención el completo informe que nos acercó el hermano Amoedo. Creo que, sumado a lo que ya sabíamos del libro, contamos con todos los elementos que necesitamos para tomar una decisión. –Se arrellanó en su asiento y quizás todos sintieron, al menos es lo que sintió Amoedo, que la decisión ya estaba tomada.

Esa era una virtud que Amoedo no se cansaba de admirar en el Consejo: todos sabían cuándo un caso estaba cerrado sin que nadie lo dijera explícitamente, o se requirieran las opiniones de los otros miembros o, simplemente, se propusiera una votación. Si en ese Consejo alguna vez se había votado, él no lo sabía.

Y esa manera de saber cuándo un tema estaba terminado no requería solamente de comprender correctamente lo que allí se había dicho sino, principalmente, de saber interpretar los silencios que habían acompañado el intercambio. Téngase en cuenta, por ejemplo, que en este caso fueron sólo cuatro o cinco los consejeros que hablaron, pero ya el que aparentaba ser el mayor de ellos sabía que el tema estaba concluido.

–Entonces –continuó–, nos hallamos ante un hombre, un estudioso, investigador en una academia, que con su razón natural intentó penetrar en los misterios de Dios; con la luz de

un fósforo intentó iluminar los secretos del sol. No debe sorprendernos su fracaso. No vamos a polemizar con él.

Miradas aprobatorias circularon alrededor de la mesa.

–Lo que haremos, en el caso de que el libro tome alguna notoriedad o seamos consultados al respecto, es decir que el pasaje de Jacob es una alegoría sobre la necesidad del cambio social.

Amoedo escuchó con redoblada atención: en ninguna de sus hipótesis hubiera figurado una recomendación de ese tipo. El posiblemente octogenario consejero no argumentaba, no convencía, lo que hacía era hablar como lo haría un patriarca, humilde, eso sí, que está explicando a su tribu a qué reglas atenerse en el futuro, para el bien de todos.

–Así que el mentiroso Jacob es la alegoría, el verdadero Jacob es un justiciero que se rebela contra lo estatuido y promueve el cambio. Dios es la causa última del cambio social que hace progresar a la humanidad en la historia, como bien declaró nuestro hermano. Y confundir la alegoría con su significado es como intentar hacer una comida con la cáscara del huevo, en vez de utilizar su contenido.

Amoedo dijo para su interior: “Gracias, Señor, por esta lección de humildad”. Pero no pudo seguir con su devoto pensamiento ya que el expositor le dirigió la palabra:

–¿Puede usted, hermano, resumir estas ideas para que estén al alcance de todos los que se interesen por este libro? –Estaba

más que claro que el plural era un adorno del lenguaje, se trataba de la idea que él acababa de exponer.

–Sí, claro.

–Gracias entonces por su excelente trabajo. Esperamos su texto.

Amoedo entendió que era el momento de levantarse e irse. Guardó su cuaderno, ya de pie saludó a todos con una inclinación de cabeza y se retiró de la sala.

“Los libros del mal”, así se podría llamar la sección donde se guardan los libros condenados por las distintas religiones. Salman Rusdhie se hizo famoso con *Versos Satánicos*, libro prohibido en los países donde el Islam es la religión mayoritaria y condenado a muerte por el Ayatollah por apostasía. Por las dudas que no alcanzara con ello, la condena a muerte también se hizo extensiva a sus editores.

Amoedo sabía que su trabajo pertenecía a esa tradición, lo que en sí no lo enorgullecía. Pero sus sentimientos eran ambiguos. Rechazaba el fanatismo y, sobre todo, las acciones represivas contra los que no habían recibido la iluminación de Dios. Pero a su vez, admiraba al Consejo y creía que su sabiduría era necesaria para defender las verdades consideradas sagradas.

Él, por ejemplo, no hubiera recomendado los ataques permanentes que recibió Saramago por su libro *El evangelio según Jesucristo*. De hecho, esos ataques, sin quererlo, terminaban defendiendo a la Inquisición, el Santo Oficio y otras

instituciones crueles que justamente Saramago criticó en sus escritos. Condenar a Saramago con la virulencia que se hizo fue como decir: “Usted tiene razón, Saramago: somos unos intolerantes”.

Entendía que su función era evitar que las decisiones en la lucha contra los enemigos de la verdad divina no se agotaran en coyunturas políticas o ideológicas, y ayudar al Consejo a tratar las amenazas con la debida perspectiva.

Cuando pensaba en los antecedentes de su tarea, imaginaba que un resultado a alcanzar debía ser evitar tomar decisiones en el presente que pudieran terminar siendo embarazosas en el futuro.

Por ejemplo, no hubiera querido ser parte de la condena de *El evangelio según San Mateo* de Pier Paolo Pasolini. En esa oportunidad, probablemente, se tuvo en cuenta el carácter de homosexual y comunista del director de la película, o que el actor que hace de Cristo era un anarquista español que luchaba contra el franquismo. Consideraciones sobre los emisores del mensaje impidieron, en ese caso, analizar el mensaje. Quizás, un trabajo bien hecho en ese momento, hubiera permitido evitar el papelón de tener que reivindicar esa película como la mejor que se ha hecho sobre la vida de Jesús, cincuenta años después de su condena.

“Perspectiva”. Esa era la palabra clave de su trabajo, poner las cosas en perspectiva. Por ejemplo, ¿a quién se le ocurrió acusar de arrianismo a la novela de Dan Brown? Millones de personas se enteraron de la existencia de la herejía arriana justamente por esa denuncia. Transformar una novela que no habla de

arrianismo en una reivindicación de uno de los tantos movimientos de la historia religiosa de occidente fue, justamente, falta de perspectiva. Nunca ese movimiento herético había contado con tanta simpatía entre creyentes y no creyentes.

Jacob, un innovador social... Eso es perspectiva.

La identidad de Dios

–¿Cómo andás, Satanás? ¿Siempre tratando de hacer algo malo?

–Con esas palabras lo recibió Dios al diablo aquel día, frase que, por otra parte, era uno de sus clichés preferidos.

–Habrá que ver, se dice Dios y hace siglos que no puede salir de su error.

–¿De qué error creés vos que tengo que salir?

–De esa idea de que yo hago el mal. Sabe, Dios: ni yo hago el mal ni usted hace el bien. Los hombres son los que hacen o deshacen a su antojo.

Muchos se sorprenderán del trato en confianza entre estos dos antagonistas, pero esto sólo se debe a una información parcial que, intencionadamente, se nos ha transmitido desde niños.

¿No pensó usted nunca que la existencia de un dios único, bueno, todo poderoso y omnisciente, se lleva de patadas con un mundo lleno de miserias, guerras, abusos y desastres naturales? Entonces, a alguien hay que echarle la culpa y, ahí está, disponible, sin posibilidades de defenderse, el mismísimo demonio.

Funcional para Dios: yo hice todo bien, él lo estropea. Funcional para el hombre: yo quería hacer el bien pero el diablo me tentó. Pero, ¿quién es en realidad este demonio? Sorprendentemente, se trataría de un ángel caído o del jefe de una rebelión de ángeles. Ángeles creados por el mismo Dios, claro, si nos atenemos a que Dios lo creó todo.

Algunos estudiosos creen que la rebelión de esos ángeles tuvo buenas intenciones, querían ayudar a Dios a mejorar su creación. Pero no fue esa la percepción del Creador:

–Ah, ¿así que creen saber más que yo? –dijo Dios cuando se enteró de sus propósitos–. Ya van a ver lo que les toca.

La gente, poco informada sobre los asuntos de los dioses se creyó lo de la expulsión del cielo de los ángeles rebeldes. Pero la verdad es que la relación entre ángeles acrílicos y ángeles críticos nunca se interrumpió. Y más aún, tampoco quedó interrumpida la comunicación entre los ángeles levantiscos y Dios.

Entre el diablo y Dios había, sí, diferencias insalvables, pero no se podía decir que la relación fuera mala; cada uno, con su lógica, trataba de demostrarle al otro que estaba, ciertamente, equivocado.

–Pero eso no tiene ningún sentido –continuó Dios ante la afirmación de Satanás sobre la poca influencia de ellos mismos en las acciones de los seres humanos–. ¿Cómo puede ser que el hombre que yo creé, a mi imagen y semejanza, haga el mal? Alguien tiene que inducirlo a ello.

–Bonita manera de razonar –dijo con ironía Satanás–, lo que usted hace le sale mal y después le echa la culpa a otro.

–Pero, hablando en serio, sin rencores, –le dice calmadamente Dios– ¿la creación no te parece maravillosa? ¿Cómo hice para ponerle límites al mar? ¿Cómo logré que crecieran las plantas en la tierra? ¿Y la vida? Ay, la vida...

–Mire, tanto como maravillosa, bueno... Pero debo reconocer que hasta el mono más o menos iba bien, pero después, no se enoje, pero descarriló amigo.

–¡Yo no soy su amigo! –dijo con furia Dios–. Yo soy su creador y usted un ángel retobado que pone en cuestión mi sabiduría.

–No se enoje, –dijo Satanás, en tono conciliador, ya que sabía que cuando Dios lo empezaba a tratar de usted la cosa estaba jodida–. Lo que quiero decirle es que en su creación ocurrían muchas cosas raras pero, mientras las creaturas no tuvieran conciencia de ellas, más o menos se sostenía.

–¿Qué cosas malas? A ver, dame algún ejemplo.

–Dije “raras” y usted entendió “malas”. Tiene un problemita con lo raro usted.

–No des vueltas y decime de una vez: ¿qué es lo que no te parece bien de la creación?

–Bueno, pero prometa no enojarse.

–Haré mi mejor esfuerzo, pero usted tampoco me falte el respeto.

–Es que, sabe, la creación está organizada de una manera donde todos tienen que comerse con todos, si no, no se sostiene. El zorro se come al ratón, el perro se come al zorro, el tigre se come al perro, la mojarrita a la lombriz, la boga a la mojarrita, el dorado a la boga... ¿Entiende? Pero claro, cuando crea un ser con conciencia de todo eso, ¿cómo hace para no volverse loco?

–No se volvió loco, me desobedeció.

–Ay, don Dios, no me venga a mí con ese cuento. Usted y yo sabemos que lo del paraíso fue un invento. A usted no le gusta lo que hace y después me echa la culpa a mí o al hombre que le desobedeció. Y eso no es lo más flojo de su creación...

–Ah, ¿tenés más? A ver, desembuchá, pero no te desmadres.

–Usted lo acaba de decir.

–¿Qué es lo que acabo de decir, infeliz?

–Acaba de decir que no me desmadre.

–¿Y?

–Y, ¿me puede explicar usted cómo voy a hacer para desmadrarme si no tengo madre?

A Dios se lo vio por primera vez confuso en todo lo que iba de la conversación. No entendía a dónde quería llegar Satanás, pero tampoco podía desmentirlo. Así que le hizo un gesto como para que siguiera y se explicase.

–Mire, don Dios, usted creó todo macho y hembra, ¿no?

Dios asintió con la cabeza.

–Varón y mujer, perro y perra, mono y mona, elefante y elefanta, gato y gata...

–Ya entendí, ya entendí, no me vas a enumerar a todas las creaturas. Seguí con lo que querés decir.

–Pero después usted habla siempre del varón: el hombre esto, el hombre aquello, el hombre me desobedeció, el hombre se hace la paja...

–Ya te estás yendo para el carajo...

–No, no se enoje, pero alguien tiene que decírselo; no pasa nada que el mono se pase todo el día dale que te dale con el pirulín, pero si lo hace el hombre es pecado. ¿Entiende el problema?

Pero, ¿cómo? ¿No era que Dios había castigado al hombre por comer la fruta del árbol del bien y del mal? No, amigo: este es otro lamentable error al que nos han inducido enseñanzas políticamente motivadas. El manual de la creación decía: Adán se satisface con Eva, Eva se satisface con Adán. Cuando Dios pescó al hombre autosatisfaciéndose le resultó algo amenazante, fuera de las reglas: a castigar al impertinente. Es más, fue tal su pánico que ni se percató de que Eva hacía lo mismo.

Satanás comprendió que era su momento: si Dios no estuviera confundido ya lo habría mandado dando vueltas de nuevo a la tierra, como tantas otras veces. Así que, no sin cierta generosidad, volvió a cargar la mano a ver si ese Dios tan alcornoque lograba entender algo.

–Es que si hay varón y mujer, y usted los creó a su imagen y semejanza, deben ser iguales, ¿o no? –y esperó un instante para disfrutar del efecto de sus palabras–. Y no debería haberlo castigado a Adán cuando lo encontró como ya sabemos.

–Pero si para que no tenga que hacer eso le di compañera.

–Pero si estaba pensando en Eva cuando lo hacía, estaba cumpliendo exactamente sus deseos... no los de él, los suyos –

aclaró Satanás cuando se dio cuenta de que Dios lo podía entender para su lado.

–Pero si yo nunca puse esos deseos en él, o, al menos, no que los resolviera de esa manera.

–Es que usted, don Dios, se lo digo con todo respeto, se identifica con el varón; y todo lo que sale mal le echa la culpa a la mujer.

El silencio de Dios mostró que era el momento de jugarse el todo por el todo, así que el diablo echó el resto:

–¿Sabe por qué le pasa eso?

–A ver, ¿por qué? Decímelo vos, que lo sabés todo.

–Porque no tiene asumida su identidad sexual.

Ah, esto fue superior a la posibilidad de Dios de controlarse. El cuello de Satanás apareció, sin saber cómo, aprisionado entre los círculos de poder divino. A éste sólo le faltaba decir, como Homero Simpson, “¡Maldito demonio!”, mientras lo estrangulaba sin resultado alguno. Tuvo tiempo Jehová de maldecirse a sí mismo por haber hecho inmortales a toda esa caterva de ángeles; la naturaleza era más sabia, en ella cada cual tenía su predador, pero ¿quién podía controlar a estos desgraciados? Les había dado vida eterna para que eternamente lo estuvieran alabando, pero algo no había salido como estaba previsto.

Algo desahogado de su enojo y ante la inutilidad del esfuerzo por estrangularlo, le preguntó:

–A ver, ¿y cuál creés vos que es mi identidad sexual?

Satanás se acomodó lo mejor posible su ropa después del acogotamiento divino, se aclaró la garganta algo dañada por el apretujón, y con seriedad respondió:

–Don Jehová, no vuelva a enojarse, pero usted es hermafrodita. Usted es mi padre y usted es mi madre. Entiéndalo de una vez y verá que todo funciona mucho mejor.

Jehová se quedó mudo. Era cierto que él había creado todo macho y hembra y, si lo había creado a su imagen y semejanza, algo de lo que decía Satanás podía ser cierto.

–Usted castiga al varón porque teme la atracción que siente hacia él, le parece algo impropio, pero en verdad es su parte femenina la que se expresa. Y teme a la mujer porque su parte masculina la desea. Homosexualidad o incesto, *that is the question*, dijo Shakespeare.

El diablo no se quedó a esperar el efecto de sus palabras. Ya desde lejos le gritó a Jehová:

–Voy a dar otra vuelta por el mundo, nos vemos mañana –y desapareció.

Lugh

La luz dibujaba enrevesados caminos sobre el suelo, interminables senderos que cambiaban todo el tiempo de lugar. Sólo unas hormigas mágicas hubieran podido seguir su recorrido. El viento, el follaje y el sol hacían que todo el bosque pareciera un inmenso caleidoscopio.

Aquellos hombres que me habían creado vivían en esos bosques. Ellos creían que yo les había enseñado el trabajo manual y los oficios. Me hicieron joven y fuerte, y me regalaron dos cuervos para que me acompañen todo el tiempo. Yo sólo podía sentirme agradecido hacia esos hombres.

También me dieron una hermosa lanza: recta, resistente, afilada. Sin ella la hubiera pasado bastante mal en la segunda batalla de Mag Tuired, aunque al del ojo mortífero sólo pude derrotarlo con un tiro de mi honda. Ocurrió muy pocas veces que haya tenido que ir a la batalla por ellos, pero los relatos y las representaciones de esas batallas eran incontables.

Fuera de esos episodios, mis obligaciones no eran tantas: debía estar presente en la fiesta de la cosecha y no mucho más, ni mucho menos. Las cosechas eran la mitad de la vida de ese pueblo, de la otra mitad se encargaba Cernunnos, quien debía acompañarlos en la caza y favorecerlos en la medida de sus posibilidades que, como las mías, eran muy limitadas. Pero el valor y la esperanza que infundíamos en sus corazones compensaban, con creces, nuestras limitaciones.

En cada una de las pequeñas aldeas me esperaban multitud de amigos y amigas, también creados por esos mismos hombres y mujeres. Muchos no salían nunca de su comarca, eran algo así

como dioses locales, sólo pertenecían a esa gente. Otros debíamos recorrer y visitar a todos los pueblos. Así conocí a Brigit, diosa de la creación, la artesanía y la poesía: ¿cómo no enamorarse de ella? ¡Cuántas veces lamenté no poseer el manto de invisibilidad de Angus Og! Acercarme sin ser visto y hacerme suyo, un instante eterno que hubiera colmado mi vida. Pero lamentablemente, a nuestros creadores nunca se les ocurrió brindarnos una historia de amor.

Cuando no estaba con los hombres pasaba el tiempo en el Shi, “el otro mundo”. Era igual al mundo de los humanos, sólo que ellos no podían entrar allí, salvo alguna rarísima excepción. Yo conocía de memoria todos los pasajes: torrentes, cuevas, manantiales, lugares secretos del bosque... los había transitado durante años.

Algunas veces atisbaba sobre las montañas a los pueblos vecinos. Uno en especial llamaba mi atención: construía grandes templos y allí encerraba a sus creaciones. Esos dioses ya no debían recorrer todo su pueblo, por el contrario, cuando sus creadores necesitaban algo debían ir a esos templos a pedírselo. Me pareció que tampoco estaba mal, sabían siempre donde encontrarlos.

Un día regresaba por el bosque y el crasitar de mis cuervos me avisó que no estábamos solos. A poco de andar me encontré con unos hombres vestidos de guerreros, precedidos por un águila de metal encastrada en una larga vara. Quizás se trataba de mis vecinos, no lo sabía aún a ciencia cierta. Pero esta vez se trataba de una guerra en la que yo no podía participar: todo era demasiado humano.

Mi pueblo no comprendía mucho por qué debía abandonar sus bosques o pagar tributo a Roma, pero estaba claro que su vida ya no era feliz. La Tir Na No'g recibía muchos más huéspedes que de costumbre: ese lugar donde los muertos viven junto con los dioses comenzó a tener un tráfico inusitado. Cernunnos consultó con Charum y con el viejo Creonte, dioses sabios en recibir a los mortales una vez que terminan sus vidas. Ellos le compartieron el secreto: esos mortales estarían allí sujetos por el hilo de la memoria de los que quedaban vivos; cuando ese hilo se rompiera dejarían su lugar a nuevos visitantes. De esa manera, la capacidad de albergue de la Tir Na No'g era infinita.

Nosotros nos entendíamos mejor con las creaciones de esos nuevos hombres que los propios hombres entre sí. Así comenzaron a mostrarse por nuestra tierra Júpiter, Marte, Venus y otros personajes. Como ellos mismos decían, lo original que le había dado ese pueblo eran sus nombres, ya que su existencia era mucho más antigua. Así Júpiter sabía que había sido Zeus, el del rayo poderoso que le obsequiaron los cíclopes, con el que había derrotado a los Titanes. Marte también sabía que era Ares y Venus, Afrodita, la más hermosa hija de Zeus.

Júpiter me contó que el águila que llevaban esos hombres como estandarte era el águila dorada de Zeus, aunque ellos no lo supieran. El águila era como mis cuervos, no se puede pensar en mí sin pensar en mis cuervos. ¿Por qué los hombres nos regalarían aves tan diferentes? Quizás los griegos, al vivir entre montañas agrestes, rodeados de mar, admiraron al águila majestuosa que iba de cima en cima casi sin realizar ningún esfuerzo. Quizás también por eso crearon esos dioses tan magníficos, poderosos, que dominaban el cielo, la tierra y el mar.

En nuestros bosques un águila hubiera sucumbido sin remedio. Las ramas de los grandes árboles, los arbustos que cubrían el suelo, las incontables enredaderas que lo abrazaban todo habrían sido una trampa mortal. Sus poderosas alas, su fuerte pico o sus afiladas garras nada hubieran podido contra ella.

En cambio mis cuervos, mis humildes cuervos, eran los reyes del bosque. Con rápido vuelo atravesaban los lugares más intrincados; eran una sombra más entre las tantas que se movían sin descanso. Saltando de rama en rama descendían desde las copas de los árboles hasta el suelo y, con la misma agilidad, hacían el camino de regreso para volver a contemplar el amplio cielo.

Para andar entre montañas hace falta mucho poder pero, aquí, en el bosque, es cierto el refrán que dice que “más vale maña que fuerza”. Y mis cuervos eran los más mañosos pájaros que usted pueda imaginar.

Nuestros creadores siempre fueron muy generosos con todos nosotros. A ellos les dedicaron un día de la semana y un planeta. A mí varias ciudades, como, por ejemplo, Lugo, Leiden, Lyon. Ellos nunca nos olvidaron, sólo que también debieron adaptarse a los tiempos.

Esos dioses de los romanos, que antes lo habían sido de los griegos, conocían mucho mundo. Me contaron de pueblos increíbles que adoraban a Samarash, a Yhavé, a Osiris, a Baal. Qué hermosa sería la vida si aprendieran a compartir sus creaciones. Yo nunca perdí esa esperanza, pero el mundo empezaba a girar para otro lado.

Los humanos, créanme, también crean cosas maléficas, como ese dios sanguinario que mandó a matar a su propio hijo, y de la peor manera: indefenso, crucificado, algo nunca visto. Y como lo que empieza mal sigue peor, se les puso en la cabeza que esa era la única creación que merecía sobrevivir. Se empeñaron en matar a todos los hombres que no lo aceptaran: los llamaban “paganos”, o también “herejes”, nunca entendí del todo bien la diferencia.

Cuando Zeus y yo nacimos, nos tocó vérnosla con otros dioses mayores. Zeus tuvo que enfrentar a Cronos, su padre, para liberar a sus hermanos. Yo mismo tuve que combatir contra mi abuelo, Balor. Éramos lo nuevo que se oponía a lo viejo. Pero lo viejo se vengó, no le pareció bien que los hijos y los nietos nos rebelamos, así que mandó matar a su hijo para escarmiento de todos los que se quieran oponer al padre. Sus propios mandamientos lo dicen: *honrarás a tu padre y a tu madre, amarás a dios sobre todas las cosas*. ¿Por qué alguien debería honrar a su padre y a su madre si estos no fueran honorables? Y eso de amar... qué raro, ¿no alcanza con que nos hayan creado?

Cuando los dioses comenzamos a ser hostigados tuvimos que tomar una decisión. Ni el poderoso Zeus pudo evitar ser perseguido sin piedad. Mi pueblo, humilde en todos los aspectos de su vida, mostró su sabiduría en ese terrible momento: enseñó a los demás dioses el Ogham, el alfabeto del bosque.

De esta manera Júpiter pudo esconderse en el roble, uno de sus árboles predilectos. Mientras tanto yo, por consejo de mis Druidas, me oculté en el tejo, donde vivo hasta el día de hoy. Es nuestro nuevo Shi, para descansar cuando no estamos en el mundo.

En mis bosques, antes de la llegada de los exterminadores de creaciones humanas, esas gentes que creían en cosas distintas en ocasiones compartían lugares de culto para honrarnos. En el pueblo de los Parisios, pescadores de río, Júpiter y yo nos alternábamos para recibir pedidos y homenajes en el mismo lugar. Habían construido una especie de templo donde celtas y romanos podían adorar a sus dioses, aunque no fueran los mismos.

En esa época, al lugar donde estaba el templo le habían puesto de nombre Lutecia, pero con el paso de los siglos predominó la denominación original: el lugar de los Parisios, en idioma romano Parisii y, finalmente, le quedó París. Con Júpiter regresamos muchas veces a ese lugar.

Sobre el templo que sabíamos compartir habían construido otro nuevo, con la famosa cruz. Muchas veces intentamos encontrar al dios que allí habitaba, pero nunca lo logramos. ¿Quizás no nos consideraba a su altura para relacionarse con nosotros? ¿O tal vez a él también lo habían convencido de que no era una creación y se consideraba el dios “verdadero”? Vaya a saber.

Nos hubiera gustado contarle lo que los hombres ya saben desde hace miles de años, aunque muchos lo hayan olvidado: que, al fin y al cabo, el único Dios verdadero es el Sol; él es quien da vida de verdad, hace crecer las plantas, evapora las aguas y hace llover, alimenta a los animales, hace posible la existencia de nuestros creadores y, por lo tanto, de nosotros mismos.

Debo confesar que los Parisios siguieron siendo mi pueblo preferido por muchas razones, no solo por ese antiguo templo. En el otoño de 1934, cuando los bosques comenzaban a perder sus

hojas, allí encarnó Brigit. Dejó finalmente su casa, que era una vieja higuera, y se hizo humana: tan bella como siempre. Verla danzar o cantar me transportó a mi juventud, como si no hubieran pasado más de dos mil años desde nuestro primer encuentro.

¿Habría elegido ese lugar para poder encontrarme? Ella sabía que allí estaba el tejo y que allí seguía el templo, aunque fuera exteriormente diferente. Uhm, si me diera alguna señal... Creo que en su vida humana ama a los perros, quisiera transformarme en perro para poder estar todo el tiempo a su lado.

Pero mejor dejemos esos sueños, sospecho que siempre serán sólo sueños...

Cada vez que regreso al templo tengo las mismas dudas: ¿cuántos dioses habitaríamos allí?, ¿quizás hay dioses anteriores a nosotros que también intentan hablarnos? ¿Dónde vivirían esos dioses antiguos?, ¿quizás en los cimientos del edificio?, ¿ocultos en sus sótanos?, ¿o nos miraban desde las altas torres, invisibles para nosotros ya que no teníamos ojos para ellos?

Lo que yo creo es que han de existir tantos dioses como plegarias: cada hombre y cada mujer que rogó en ese lugar ha de haber dejado allí la presencia de su dios... para siempre.

Quizás habíamos tomado un poco de más. Quizás estábamos cansados de tanto destrato. O quizás simplemente ya no sabíamos bien cómo se usaba el rayo de Zeus.

Nos sorprendió la noticia: el 15 de abril se había incendiado Notre Dame.

Semana Santa

Solo se oía la radio y el ruido de la ducha. A esa hora de la mañana los latidos de la calle llegaban cansados al contra frente donde Doña Estela tomaba mate escuchando las noticias. Los nietos ya habían partido hacia la escuela y su hijo se preparaba para ir a trabajar.

Tomás aceptó de paso un amargo que le convidó su vieja. Justo en ese momento, en la radio, el periodista entrevistaba a un sacerdote católico con motivo de la semana santa:

–Por favor, Padre: ¿Podría resumirnos el significado de esta semana tan importante para los católicos? –Nótese que lo llama Padre, a pesar del mandato evangélico que dice “a nadie llamaréis padre, ya que vuestro único padre es el que está en cielo”. En fin, misterio de las religiones resumido por la sabiduría popular en el famoso “Haz lo que yo digo, pero no lo que yo hago”.

–Con mucho gusto –respondió el entrevistado–. El significado de esta semana es la reconciliación del Padre con sus hijos a partir de la muerte de su Hijo –sentenció el sacerdote haciendo gala de profundidad y brevedad.

Tomás tomó el mate que le cebó su madre y se quedó pensativo. *Padres, hijos, reconciliación, muerte... qué ensalada tan macabra*, pensó para sí. *¿Por qué para reconciliarse con los hijos tiene que matar al hijo?*

–Mamá, ¿qué es la Semana Santa para vos?

Su madre no se sorprendió, su hijo muchas veces le hacía preguntas obvias, de las que todo el mundo sabe la respuesta. Ella creía que en verdad era una prueba para ver si ya estaba perdiendo la memoria, así que se esmeraba para contestar con la mayor precisión posible.

–Es la muerte y resurrección de Cristo, hijo. Empieza el domingo de Ramos y termina el domingo de Pascua. –Recibe el mate vacío que le devuelve su hijo– ¿Cuántas veces fuiste conmigo con los ramitos de olivos?

–Muchas, mami.

–Bueno, ahí entra Jesús en Jerusalén. Después, ya sabés, lo aprisionan y lo matan.

–¿Por qué lo matan?

–Bueno, él predicaba el amor. Pero los judíos eran de otra religión y querían seguir siendo de su religión, así que, por eso, lo mataron. No querían aceptar la religión verdadera.

–O sea, los judíos no querían el amor.

–Y, parece que no, no sé. Fijate ahora como matan a los Palestinos, se nota que nunca les gustó lo del amor.

–Bueno, si es por eso, los norteamericanos matan a mucha más gente en todas las guerras que se meten o que, casi siempre, empiezan.

–Pero ellos no son católicos, son protestantes, hijo.

–¿Y los españoles, entonces? Ellos son católicos y participan con Estados Unidos de los bombardeos en Siria y en Medio Oriente.

–Bueno, yo no sé tanto; eso tenés que saber vos que sos profesor.

–No soy profesor, mami.

–Bueno, pero estudiastes.

–Gracias, mami; vos sos mi profesora. –Le devuelve el segundo mate, le da un beso en la frente y se despide –. Me voy a laburar, en un rato llega Esther y hace de comer.

Tomás trabajaba en una editorial especializada en libros y revistas de economía y ciencias sociales. Entró cuando era un promisorio estudiante de Ciencias de la Comunicación, pero no le duró mucho el entusiasmo por esa carrera; rápidamente se pasó a Sociología entendiendo que eso era lo que realmente quería estudiar. Pero tampoco avanzó decididamente en su nueva elección: a sus treinta y cinco años pensaba que quizás lo que debería haber estudiado desde el principio era Filosofía.

En fin, mientras todo eso ocurría, aprendió aceptablemente el trabajo de corrector y, en algunas oportunidades, le habían aceptado alguna reseña para la RNS -Revista Nacional de Sociología- que intentaba hacerse un lugarcito dentro las lecturas especializadas en el país. Ese día llegó con el firme propósito de escribir sobre la Semana Santa y tentar suerte con el siempre malhumorado editor de la revista.

Corrigió a velocidad meteórica cincuenta páginas de traducciones que debía entregar y, sintiéndose liberado de obligaciones inmediatas, se puso a garabatear sobre la multitud de ideas que le disparó el sacerdote que escuchó a primera hora de la mañana por la radio. “El significado de esta semana es la reconciliación del Padre con sus hijos a partir de la muerte de su Hijo”, seguía resonando en sus oídos.

Ese cura, llamado padre, también de alguna manera había sacrificado a su hijo, o a sus hijos: nunca los tendría. Para los que no saben, un religioso católico hace tres votos para pertenecer al grupo reducido de los sacerdotes: pobreza, obediencia y castidad. Pero una cosa es no tener hijos y otra es tenerlo y hacerlo matar. Y, lo más curioso de todo, ¿cómo se relacionaría la privación del hijo con la salvación del género humano?

Tomás comenzó a escribir, sin tiempo para hacer un plan o una lista de temas que entrarían en su artículo. La urgencia sólo permitió que a través de sus dedos se comenzaran a derramar los pensamientos que se agolpaban en su cabeza: “La idea de padres e hijos que se matan entre sí parece ser una de las fantasías más arraigadas en la experiencia humana, desde el mítico *Tótem y Tabú* donde los hijos se reconcilian matando al padre, hasta el Gólgota, donde el padre se reconcilia matando al hijo”. Esa fue la primera frase que apareció en la pantalla de su computadora. La releyó con detenimiento y le gustó. *Buen comienzo*, pensó para sí.

“La muerte aparece así como una práctica que permite cancelar las faltas cometidas. Enmienda, en primer lugar, el pecado original, pecado de soberbia si los hay, que es querer saber tanto como el Padre. También repara la ruptura del contrato natural,

donde el macho adulto aniquila a su futura competencia y ésta se rebela”. Esa fue la segunda frase que escribió.

Cuando la releyó no quedó tan conforme como con la primera. En verdad, no quedó conforme para nada. Le pareció vaga y poco relacionada con la frase anterior. Lo del macho adulto aniquilando a su futura competencia le gustó, lo aprendió de su veterinario que le recomendó separar al gato padre de las crías machos. Le había parecido una excelente explicación del asesinato mítico que describe Freud; *la rebelión de los cachorros, buen título para una novela*, pensó. ¿Pero qué tenía que ver el pecado original con la matanza entre padres e hijos? Eso no era tan evidente.

Pero más allá de esos destellos de originalidad –pocos, por cierto– el segundo párrafo no se sostenía. Era necesario reemplazarlo, y así nació el segundo segundo párrafo.

“Pero no se trata sólo de matar, sino también de comer el cuerpo muerto. El padre o el hijo asesinados se reintegran en forma de alimento para el resto de los mortales. Esta práctica caníbal se expresa tanto en la comida ritual –como bien sabían los doce apóstoles de Sierra Chica– o en la eucaristía, donde el próximo asesinado convida a sus apóstoles a comer su carne y beber su sangre. Nada de ‘recuerden mis enseñanzas’, o ‘llévenme en su corazón’, nada de eso: cómanme y beban mi sangre”.

Esto ya es otra cosa, pensó Tomás. ¿Todos se acordarán de lo de la cárcel de Sierra Chica? ¿Presos que no se plegaron a la rebelión y desaparecieron definitivamente, quizás cocinados en

los hornos el penal? La última cena es mucho más conocida –se afirmó a sí mismo–.

Si bien este segundo segundo párrafo le parecía más aceptable, tuvo conciencia de que de ninguna manera podía ser el segundo. Quizás, avanzando en el artículo, podría ser el quinto, o el sexto. Así que se dispuso a escribir su tercer segundo párrafo.

“¿Por qué la muerte tiene una función redentora? ¿Es sólo una escala creciente en el tipo de sacrificio: la paloma, el cordero, el ser humano? ¿O esconde una dialéctica donde la vida sólo se afirma en relación con la muerte? Pero en la tradición judía Dios no había necesitado de ese tipo de sacrificio ni para hacer pacto con Abraham, ni con Isaac ni con Jacob. ¿Por qué ahora? ¿O se trata de una escenificación de la impotencia de ese creador que no está satisfecho con sus creaturas ni con sus pactos anteriores?”

¡Qué bien!, se dijo a sí mismo. Su tercer segundo párrafo sí podía ser el segundo párrafo de su incipiente artículo. El tema estaba bien enfocado: muerte y reconciliación. Entre esos dos polos se movía la explicación del cura de la radio. Tuvo que morir el hijo para que el padre se pudiera reconciliar con los hijos.

Los dedos de Tomás ya estaban calientes y siguió tecleando: “La muerte no es la derrota, es el precio que hay que pagar después de la derrota, los ‘gastos de guerra’. La derrota fue la expulsión de Adán y Eva del paraíso o la tortura sin fin de Prometeo. Parece abrirse así, en Occidente, el espacio de la culpa y de la disculpa por la creación de la cultura, por el acceso al conocimiento y por la conquista del fuego. Quizás esta era la profunda sabiduría que quería compartir Kierkegaard”.

Lo releyó y su tercer párrafo le pareció aceptable, pero le surgió un escrúpulo: ¿es que él había leído tanto a Kierkegaard como para mencionarlo con propiedad?

Lo que le pareció un hallazgo fue relacionar la expulsión de Adán y Eva del paraíso con el castigo impuesto por Zeus a Prometeo, siempre lo creativo había sido su lado más fuerte. Además, le gustó que quedara claro que Prometeo era mucho más digno que Adán ya que, perdido, no mariconea echándole la culpa a la mujer.

¿Cuántos párrafos contendrá un artículo? Rápidamente abrió los dos últimos artículos que había corregido: uno incluía veintiocho párrafos y el otro cincuenta y cuatro. Parece que en materia de artículos la cantidad de párrafos es muy variable. Tomás, con mucho trabajo, había completado tres. *Es un comienzo*, se dio ánimos.

Creía tener idea de la dificultad que enfrentaba: no había definido una idea clara para organizar lo que quería decir. Comprendía que matar a uno para reconciliarse con otros requiere, demanda, una explicación. Pero, ¿cuál era la explicación que él le quería dar? Mientras no supiera eso, iba a ser muy difícil avanzar. Después de la primera explosión de ideas se hizo evidente la necesidad de un plan para exponer, o mejor dicho descubrir, lo que quería decir.

—Mamá, ¿por qué Jesús tenía que morir para que nos reconciliáramos con Dios?

–¿Cómo es eso?

–¿No te acordás de lo que dijo el cura ayer a la mañana en la radio?: “La semana santa es la reconciliación del Padre con sus hijos a partir de la muerte de su Hijo”.

–¿Eso dijo?

–Ajá.

–¿Por qué no le preguntás al Padre Eduardo? Capaz que él te lo puede explicar.

Tomás comprendió que esta vez su madre no podría ayudarlo. Apenas llegó al trabajo se puso a buscar en internet razones para explicar cómo la muerte de Cristo nos reconcilia con Dios. Hizo una tabla con dos columnas, en la primera colocaba el argumento y reservaba la segunda para agregar sus reflexiones. Así empezó.

La primera explicación que encontró rezaba:

No hay que preguntar por qué muere Cristo ya que no había ninguna otra opción. Todo ya está decidido en la mente de Dios desde toda la eternidad, incluida la muerte de Cristo.

Pero eso no es un argumento, pensó Tomás, sólo afirma que así fue decidido. Y esta vez tenía razón porque, si la explicación de por qué sucedió era que estaba en la mente de Dios, la pregunta inmediata es: ¿y por qué estaba en la mente de Dios? Esa pregunta fue a parar a la segunda columna.

La siguiente explicación proponía:

Cristo muere para mostrar al hombre lo doloroso que es morir por el pecado.

Sería como una comedia ejemplar, miren cómo se sufre, y si sufre así uno que no pecó nunca, imagínense los pecadores. “La muerte como sufrimiento ejemplar”, fue su comentario.

Continuando con su búsqueda encontró la siguiente afirmación:

Lo que muestra la muerte de Cristo es el amor que nos tiene Dios que mandó a morir a su único hijo.

Pero –pensó Tomás sin saber ya qué pensar– ¿por qué fue la muerte de su hijo la manera de mostrarnos su amor? Te quiero tanto que, para que veas, mato a mi propio hijo. Estaba claro para Tomás que esta versión tampoco explicaba el por qué era necesaria dicha muerte. Y así siguió buscando.

Así como con la sangre del cordero se marcaron las casas de los israelitas en Egipto para que Dios no matara a sus hijos, así con la sangre de Cristo se marca a los redimidos por el nuevo testamento.

Sangre, sangre, sangre, –repitió mentalmente Tomás– *por todos lados sangre. Después criticamos el nivel de violencia que hay en las películas norteamericanas.*

¡Qué Dios tan bestial –se dijo a sí mismo. *Colérico, hecha al hombre del paraíso. Iracundo, ahoga toda la humanidad y deja vivo sólo a Noé y su familia. Cuando piensa en reconciliarse con*

los hombres, sus creaturas, no se le ocurre otra cosa que matar a su hijo.

Esa evidencia lo devolvió a la conversación de la mañana anterior con su madre: la “religión del amor” tenía algunas cosas que explicar. En comparación, ¡qué ingenuidad la que llevaban al pueblo hebreo a sacrificar inocentes palomitas o algún cordero al Todopoderoso! Este era mucho más sanguinario y, sobre todo, mucho más hedonista: no podía pasarse sin el olor de la grasa y la carne asada.

Tomás comprendió que se había desviado un poco de lo que quería decir aquel pacífico sacerdote. Lo imaginaba contando a sus fieles todas esas atrocidades con una sonrisa bonachona y un alma embargada de emoción. O a un cura más campechano afirmando: ¡Putá que hay que ser macho para mandar a la muerte al propio hijo! *Capaz que sin el “puta”, rio para sus adentros.*

De pronto, su búsqueda lo puso de cara a una explicación totalmente distinta a las anteriores:

Con la muerte del cuerpo de Cristo muere el cuerpo del esclavo y, con su resurrección, nace el hombre liberado,

leyó Tomás que decía un tal Dussel hablando de la filosofía de la liberación. *Qué linda interpretación, pensó Tomás, pero qué al pedo que murió entonces. La mayoría de la humanidad sigue siendo esclava, aunque ahora se los llame de otra manera,* terminó su pensamiento.

La búsqueda había resultado infructuosa pero, a fuerza de descartar, encontró finalmente la inspiración que tanto necesitaba: la Semana Santa estaba incluida en la familia de los ritos sacrificiales creados por la humanidad que expresan la creencia de que la muerte es agradable para los seres, o el ser poderoso, que rige el destino del mundo. Porque, al fin y al cabo, de todo lo que el hombre podría ofrecer a los dioses la vida es, lejos, lo más valioso que posee.

Después de varios párrafos destinados a ejemplificar la extensión de los sacrificios religiosos que incluían la muerte durante la historia conocida, Tomás volvió a su tema: la Semana Santa.

Pero ya habían madurado mucho sus ideas. Le pareció que la Semana Santa tenía un aspecto que la hacía totalmente distinta a otros rituales de muerte. En el resto de los casos era el hombre el que se privaba de algo como gesto de respeto a Dios, ya sea un ave, otro animal o un ser humano.

En el caso de la Semana Santa, tal como la estaba interpretando Tomás, era Dios el que sacrificaba algo como gesto de respeto al hombre. Se puede cambiar respeto por amor, se puede reemplazar amor por perdón, se puede sustituir perdón por pacto: no es eso lo importante. Lo realmente notable es que, por primera vez, Dios reconoce el poder del hombre.

Éste puede hacer el bien o el mal; Dios le ruega que haga el bien. El hombre puede amar a su vida, a sus seres queridos, a sus bienes; Dios le ruega que lo ame a él. “Las interpretaciones de la

Semana Santa están, en este punto, totalmente erradas:” – siguió escribiendo Tomás – “no se trata de un gesto de salvación ni de redención, se trata de un conmovedor gesto de humildad”.

Lástima el final, pensó Tomás. Efectivamente, anticipando todos los finales de Hollywood, lo que termina mal termina bien. Porque lo de la resurrección estropea definitivamente el gesto divino: alguien que mata a su hijo sabiendo que es de mentirita ya que luego le puede devolver la vida, resucitándolo; eso ya no parece tan serio ni tan macho.

Pobre Dios, no pudo soportar la muerte de su hijo; debería aprender del padre cuyo hijo se muere de desnutrición, o de aquel que recibe una felicitación porque el suyo murió en una guerra, o del otro que se entera que la naturaleza organizó a su hijo de una manera tal que no podrá llegar a adulto.

Es que ese Dios era Padre. En esa parte de la historia hubiera hecho falta una Eowyn, como la de *El Señor de los anillos*, que sacara su espada diciendo “yo no soy un hombre viviente...” y matara al Rey Brujo. Pero no, en el occidente cristiano las únicas diosas están siempre más cerca de la pornografía que de los altares.

Cuando terminó de leer lo que le pasó Tomás, el editor se rascó la cabeza. El lenguaje dejaba bastante que desear, no era justamente un ejemplo de escritura académica. Pero debía reconocer que había cierta chispa, cierta manera de enlazar temas aparentemente disímiles que tenía algún valor. *Si ese*

muchacho estudiara... se descubrió pensando, justo él, que era Editor en Jefe con un título de la escuela media.

Cuando Anabella le dijo a Tomás que el jefe lo quería ver, se le aceleró el corazón. *¿Siempre seré una criatura esperando la aprobación de los demás?*, pensó insatisfecho de sí mismo. Pero la realidad era esa, *nunca es triste la verdad*, se dijo y fue para su oficina.

—¿Me llamaba, jefe?

—Sí, por el texto que me pasaste.

—Diga jefe. ¿Le gustó? ¿Se podrá publicar como artículo?

El Editor en Jefe lo miró. No estaba seguro de querer compartir con Tomás las sensaciones estéticas que le produjo su escrito, la mayoría de ellas deplorables. Quería intentar dar algo de orientación a aquel muchacho... ¿talentoso?, ¿imaginativo?

—Mirá, Tomás, lo que me pasaste no es aún un artículo, son unas ideas un tanto sueltas. Tenés que trabajar mucho en esas ideas para transformarlas en un artículo. Algunas cosas...

Tomás entendió que se venía el sermón, pero también sabía que no había manera de evitarlo. Si el editor no estaba conforme con su artículo, nunca se iba a publicar. Mejor escuchaba lo que tenía para decirle.

—...tenés que darle una categoría a lo que nombrás, no pueden aparecer mezcladas teorías, hechos históricos, títulos de libros, personajes reales y personajes ficticios porque...

–No, espere un momento jefe, esa es mi manera de escribir. Yo juego con el valor ambiguo de las palabras. Las palabras son todas iguales: pueden ocupar un lugar comprensible en el relato tanto si se refieren a un personaje histórico o a un personaje inventado. Es el lector el que interpreta y asigna valor de verdad al texto cuando...

El Editor en Jefe se tomó unos segundos para analizar sus emociones. La más fuerte de ellas le gritaba en su cabeza *¡qué imbécil este tipo!* Otras lo hacían sentir algo culpable, ¿cómo alguien que hacia tantos años trabajaba en la editorial creía en esas cosas? La tercera era autoincriminante: ¿qué hacía él manteniendo esa conversación con todo el trabajo atrasado que tenía? Pero de nada de eso se enteró Tomás, ya que la escueta respuesta, sin dejarlo terminar de hablar, fue:

–Eso es literatura.

–¡Todo es literatura! –dijo con entusiasmo Tomás.

–Sí, pero esta editorial publica textos de ciencias sociales y de economía. Podés llevar tu artículo a alguna editorial que publique literatura.

Tomás entendió que había metido la pata, así que puso en juego todo lo que la sobrevivencia en la empresa le había enseñado en esos años:

–Tiene razón jefe, dígame qué más quiere que revise del artículo. Yo quiero aprender.

Esa era la fórmula mágica con el Editor en Jefe. Él, que casi no había tenido maestros, era un maestro para los demás. No era sólo el reconocimiento de su autoridad, un vano ejercicio de poder, era mucho más que eso: era el sentido de realización de su vida, el enseñar estaba en el centro de su sistema de placer.

–Entonces, cuando la expresión puede ser ambigua, por favor, le das la categoría que corresponda con la cita correspondiente. Citás y listo.

–Ok, entendido.

–Además, no ponés “tele” sino “televisión”, no escribís “OK” sino “está bien” o lo que corresponda.

–Sí, claro.

–No hacés juegos de palabras traídos de los pelos, como “expiar” y “espiar”, “sacrificio” y “maleficio” y así de seguido, ¿entendido?

–Sí jefe.

–Bueno, en un mes quiero ver tu artículo de nuevo.

–Pero... pero, jefe, ahora viene la Semana Santa, en un mes el tema ya es otro...

El Editor en Jefe sonrió por primera vez en toda la conversación:

–Tomás, la Semana Santa... viene todos los años.

Y sin embargo te quiero

Apostar es malo, repite el viejo Raúl a todos los que lo quieran oír. Y además, explica que hay muchas clases de apuestas, y que las que se hacen por dinero no son las peores: allí se gana o se pierde y listo, a otra cosa. Pero muy distinto es cuando las apuestas obligan a hacer o dejar de hacer determinadas cosas, ahí la situación se pone peliaguda.

–Ponga un ejemplo, don Raul.

–¿Uno? ¡Cientos! ¿Te apuesto a que no te comés doce polvorones sin tomar agua? ¿Te apuesto a que no estás un minuto sin respirar? ¿Te apuesto a que no saltás desde la terraza de tu casa? ¿Te apuesto a que no le decís puta a la maestra? Todas cosas que conllevan un gran riesgo para el destinatario de la apuesta.

Los oyentes tuvieron que aceptar que don Raúl tenía razón ¿Quién no había desafiado o sido desafiado alguna vez por de ese tipo de apuesta? Y el que no acepta, claro, queda como un cobarde, con gran deterioro de su imagen pública.

–Pero lo peor de todo es cuando apuestan los poderosos –agregó el viejo–, ahí sí que las desgracias son incalculables.

Satanás realizaba una de sus habituales visitas a Jehová, era parte de la rutina establecida entre ambos.

–¿De dónde venís, Satanás?

–De dar una vuelta por el mundo, como hago todos los días.

–¿Y qué viste de nuevo?

–Lamentablemente, nada. Los seres humanos siguen sus mezquinos intereses sin importarles nada más.

–Muchos sí, lo tengo que reconocer, pero otros respetan mis leyes y siguen el camino del bien –dijo con orgullo Jehová.

–Me parece que hace mucho que no sale usted, don Jehová. No hay nadie en el mundo que lo adore de verdad o respete sus leyes, salvo que le convenga.

–¿Cómo así? Alguno debe haber.

–Lo siento, pero noes.

Entonces Jehová le dijo a Satanás:

–¿No has considerado a mi siervo Job?

–Con todo respeto, don Jehová, pero usted me hace reír –le contestó Satanás–. ¿Cómo no lo va a adorar Job si tiene todo lo que quiere? Todos sus vecinos le temen y vive rodeado de riquezas. Sólo por eso lo adora, porque cree que adorándolo le va a seguir yendo como hasta ahora.

–No te creo.

–Quítele todo lo que tiene, verá si no blasfema en su misma presencia.

–¿Estás tan seguro de eso?

–Le apuesto lo que quiera.

–Yo no quiero nada porque lo tengo todo, pero te acepto la apuesta, para que veas lo equivocado que estás.

–¿Y cómo hacemos? –preguntó Satanás.

–No lo podés tocar a él, pero podés quitarle todo lo que te parezca.

“Hubo en la tierra de Uz un varón llamado Job; y era este hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal”, dice justamente el décimo octavo libro de la Biblia que lleva su nombre.

Si lo vieran en este momento, apreciarían cómo defiende a su Dios. Con la espada ensangrentada en la mano, después de que él y sus aguerridos soldados terminaran con la vida de varias familias de pastores caldeos, adoradores de la luna. Su tierra y su ganado serán la recompensa por tan buena acción y, esa misma noche, se hará una fiesta en agradecimiento a Jehová por haberles otorgado la victoria.

Job heredó de sus padres no solo tierras y ganado, sino también la religión verdadera. Buen jefe militar, defendió y conservó ese legado y supo acrecentarlo. Si confiamos en la información de la época, en el momento en que Jehová y Satanás hicieron su apuesta, Job contaba con siete hijos y tres hijas, siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, quinientas asnas y muchísimos criados. Eso era ser, efectivamente, muy rico.

Pero al día siguiente de la apuesta celestial comenzaron a llegar malas noticias. En su tienda de campaña, desde donde Job controlaba desde la situación militar de la región hasta la última

parición de una oveja, se presentó un criado con cara de pánico y señales de haber corrido mucho.

–Señor –dijo a Job– los Sabeos han atacado en el norte de sus posesiones, mataron a los criados que estaban cuidando a los bueyes y a las asnas, y sólo yo escapé con vida para traerle la noticia.

–¿Y los animales?

–De lejos vi cómo los llevaban con ellos.

–¡Ladrones! ¡Miserables ladrones! –y en el mismo momento hizo llamar a uno de sus comandantes para planificar un castigo ejemplar para esos atrevidos y recuperar el ganado robado.

Pero antes de que llegue este jefe militar recibió nuevas y muy malas noticias: una lluvia de meteoritos cayó sobre la pradera donde pastaban las ovejas, matando a todas ellas y a los pastores que las cuidaban.

Nunca había experimentado Job tal suma de infortunios. *Cuando el día empieza mal*, pensó para sí, pero antes de poder recuperarse llegó otro mensajero para informarle que tres escuadrones de caldeos habían atacado por el oeste con el lamentable resultado de haberse robado todos los camellos y matado a sus cuidadores.

Esto está fuera de control, se dijo con razón Job. No solo necesito de mis comandantes, llamen también a mis hijos, que vengan inmediatamente.

Un rato después regresó el mensajero enviado a buscar a sus hijos. Miraba el piso y de su boca no salía una palabra, como si se hubiera quedado mudo de repente.

–¡¿Qué más puede salir mal hoy?! –exclamó en voz alta Job–. Vamos, habla, hombre: ¿qué pasa con mis hijos?

El siervo fiel, tartamudeando al principio y después con voz queda aunque firme, dijo:

–Tus hijos y tus hijas estaban comiendo y tomando vino en la casa de su hermano, el primogénito; y un gran viento vino del lado del desierto y azotó las cuatro esquinas de la casa, la cual cayó sobre los jóvenes y todos murieron.

Job lanzó un grito desgarrador mientras se agarraba de los pelos y rompía su ropa como un demente. Cayó de rodillas creyendo que se le reventaba el corazón. Su cabeza trataba de asimilar todo lo que había ocurrido en esas pocas horas, pero eso era imposible. Y en ese mismo momento, ya sea como resultado de una voluntad bien educada o por ser la única opción que encontró disponible, adoró a Jehová.

En medio de su dolor, hizo la oración más impresionante que se ha escuchado en la historia del mundo:

–Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré allá. Jehová dio y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito.

Con esa oración recibió al día siguiente Jehová a Satanás. En do mayor la cantaban los serafines, en sol mayor la continuaban los ángeles rasos y en estilo gregoriano, que aún no se conocía en la tierra, la repetían luego los arcángeles, dando satisfacción a Jehová que también apreciaba los cantos solemnes. En las pantallas que anunciaban los turnos para los recién llegados, la oración se veía como un zócalo que se movía lentamente.

Ese fue el clima que encontró Satanás al llegar. Hacía tiempo que no se lo veía tan feliz a Jehová y tan decaído a Satanás. Éste último murmuró algo por lo bajo, a lo que Jehová dijo:

–Si vas a decir algo, decilo en voz alta.

–Job sufrió muchas pérdidas, pero no sintió nada en su cuerpo. Te adora porque imagina que en poco tiempo reunirá un nuevo ejército y volverá a tener el poder que perdió.

–¿Qué querés decir con eso?

–Quiero decir que si permites que se enferme su cuerpo y pierda así toda esperanza, con seguridad te maldecirá.

Jehová pensó unos instantes en lo que había oído, al cabo de lo cual dijo a Satanás:

–No puedes tocar su vida, por el resto, haz como te parezca.

Satanás recuperó algo de su presencia de ánimo con la autorización recibida.

–¿Sigue en pie la apuesta? –preguntó cuando ya se retiraba.

–Por supuesto –contestó Jehová, quien seguía confiando en la fidelidad de Job.

Los amigos de Job, apenas se enteraron de sus desgracias, hicieron planes para acercarse a consolarlo. Si bien el daño sufrido era devastador, tenían la esperanza de que pudiera

recuperarse y volver a levantar cabeza. Siempre era bueno contar con un amigo poderoso.

Pero cuando llegaron, se encontraron con que la situación era aún peor que la imaginada. Las noticias se habían quedado cortas: Job se hallaba postrado en una manta, con signos inequívocos de dolor y casi sin posibilidades de moverse.

Su piel tenía un aspecto extraño, en parte lastimada, en parte con manchas oscuras. Lo único que se le oía decir era: “Por qué no habré muerto el día que nací”. Los amigos preguntaron a sus sirvientes más cercanos, los que dieron a entender que se hallaba afectado de alguna especie de sarna maligna para la que no se conocía cura.

No era aún la época de las enfermedades psicosomáticas, así que aquella sarna o lo que fuera, caía sobre la cabeza de Job como un nuevo castigo. Pero, ¿castigo de quién? ¿Era el mismo Jehová el que se había ensañado de tal manera con él? No era imposible, pensaba Job; quizás alguno de sus hijos o de sus criados había ofendido al hacedor de todas las cosas y él, como cabeza de la tribu, debía pagar por ello.

Hasta sus mejores amigos, Elifaz, Bildad y Zofar, dieron en aquel mismo pensamiento. *Más allá de la fama de hombre recto*, pensaron para sí, *algo habrá hecho para que le pase esto*. Aun así, Job consideraba excesivos los castigos que Jehová había hecho caer sobre su cabeza; creía sinceramente que sus pecados de juventud no merecían tanta saña y que, si algún pecado nuevo se había agregado, estaba dispuesto a arrepentirse de todo corazón.

Mientras tanto, pensaba para sus adentros: *Este Jehová permite que los sabeos o los caldeos, que adoran a otros dioses, maten a*

mi gente y roben mi ganado. Con el dolor fresco de las pérdidas sufridas y con los nuevos dolores de su indeterminada enfermedad, Job hacía un esfuerzo por tener la mente clara, lo que no era nada fácil.

En algún momento se consoló pensando: *esto terminará pronto.* Sin criados y sin salud, en cualquier momento sus muchos enemigos aparecerían y lo matarían, así, indefenso, como venganza por las múltiples derrotas que le había infligido durante todos esos años. Pero el tiempo pasaba y el caso era que éstos no aparecían para poner fin a su sufrimiento.

Recordaba Job las épocas en que era respetado y temido por todos, nadie se atrevía a hablar en su presencia si él no lo autorizaba. Ahora pasaba sus días sobre esa manta, imposibilitado por el dolor; sin hijos, sin la atención de su esposa que lo culpaba de sus desgracias por ciertas cosas que entre ellos habían ocurrido y que ella consideraba antinaturales. Hasta los chiquilines pasaban a su lado sin registrarlo. Algún alma caritativa, cada tanto, le acercaba agua que difícilmente podía beber; ni que hablar de comer, eso era imposible para él, tan era de lamentable su estado y, día a día, la piel se iba pegando a sus huesos.

Ya no sabía lo que era vigilia y lo que era sueño. En una de sus tantas alucinaciones se vio frente a un torbellino parlante. Ese torbellino le decía que sólo un imbécil podría ignorar la distancia que lo separaba de Dios: todo lo que hiciera Dios estaba bien y todo lo que pensara él estaba mal. ¿Sería el mismo Jehová quien de esa manera lo reprendía, tan ásperamente?

Y entonces pensó para sí mismo: *Yo no sé si me castiga Jehová o si solo está distraído y es alguno de los otros dioses el que me tiene en esta situación. Si fuera así, está claro que ese otro dios no me quiere y hará todo para matarme. Así que yo, para bien o*

para mal, voy a seguir apostando por Jehová. Si se distrajo, que vuelva a pensar en mí. Si está enojado por algo que hice, que se calme viendo mi fidelidad. Y luego de haber razonado así consigo mismo, elevando sus ojos entumecidos al cielo, dijo en voz alta:

–Yo conozco que todo lo puedes –pero su voz resultó débil, como si le faltara convicción en lo que decía.

Parecía que se derrumbaba por el esfuerzo pero, reuniendo sus escasas energías y soportando el dolor que le causaba mover cualquier parte de su cuerpo, se incorporó lo mejor que pudo, los puños apoyados en la tierra, una rodilla a medio levantar, el cuello estirado hacia arriba para compensar el tronco que quería doblarse nuevamente, y esta vez sí, ya en un grito que retumbó en los alrededores, repitió:

–¡Yo conozco que todo lo puedes! –y se derrumbó

Su frente contra el suelo, sus brazos sin fuerza, un pequeño hilo de saliva cayendo de su boca... De pronto, sus amigos vieron cómo comenzaba a curarse su piel y a volver el color a su rostro. El mismo Job, sin poder creerlo, pudo afirmarse y, ya sin dolor, ponerse de pie.

“Yo sé que todo lo puedes, yo sé que todo lo puedes” –cantaban los ángeles con ritmo de salsa. Los arcángeles movían sus caderas y Jehová mismo no se podía estar quieto.

–Avisen cuando llegue Satanás –pidió a todos los presentes.

Claro que Satanás no apareció ni ese día ni al siguiente. Había subestimado la sagacidad de Job para apostar y tenía su merecido.

De más está decir que a Job se le restituyeron y aumentaron todas sus posesiones, claro, exceptuando a sus hijos, que estaban muertos, o a los criados que habían sufrido igual suerte. Pero lo que no se puede remediar, se puede compensar, así que Jehová lo premió con otras tres hijas y otros siete hijos que no había más que ver en el mundo; bellas mujeres aquellas, sanguinarios combatientes estos.

—Cuando apuestan los poderosos —insistió don Raúl—, ahí sí que se arma la gorda.

El (g)Arca de Noé

La vida era dura en los comienzos. Haya sido por el castigo divino, “ganarás el pan con el sudor de tu frente”, o porque la tecnología dejaba aún mucho que desear, la realidad es que sostenerse en la superficie del planeta no era una tarea sencilla.

El sol era abrasador y aún faltaba mucho por hacer. Noé veía a sus hijos a través del polvo que arremolinaba el viento y su aspecto era lamentable, como el de él mismo. Sudorosos, cansados, sucios. Era verdad que Dios había maldecido la tierra, nada razonable crecía en ella y, lo poco que se lograba, era a costa de un inmenso esfuerzo.

Nunca había tenido tiempo de preguntarse por qué el mundo era como era. Lo que sabía lo había aprendido de su padre Lamec y no era mucho. Cuando compró a su esposa se sintió feliz: era muy trabajadora, sabía criar y ordeñar las cabras, moler el trigo y tener la tienda siempre limpia y ordenada. Le dio tres hijos varones y, si bien no tuvo ninguna hija para intercambiar por ganado y grano, los muchachos eran indispensables para los duros trabajos del campo. Además, había que estar atentos a defenderse del pillaje. Cuatro varones en aquella tienda hacían poco atractivo el intento.

No tenía muchas luces, pero las cosas sencillas de la vida se le daban bien: autoridad, autoridad y autoridad, era su sencilla sabiduría. Cuando Sem, Cam y Jafet estuvieron en edad, les consiguió buenas mujeres; así su casa se veía fuerte y completa. Nadie podía hacer nada que no fuera trabajar y respetar las reglas de la familia. Con mano dura lo habían criado a él y él hacía lo mismo con los demás.

Tenía el sueño liviano, así que hacer algo indebido durante la noche era impensable para todos los que dormían en la tienda. Cada cual con su mujer para evitar disputas. Ni el olor a hembras jóvenes lo hacía cambiar de parecer, a diferencia de otros que, en su tiempo, se tomaban ciertas libertades con el beneplácito de todos y de todas.

Ese hombre limitado, inculto, autoritario y reprimido, por alguna razón, pasaba por varón ejemplar. Y eso tuvo sus consecuencias, vaya si las tuvo.

Los dioses jóvenes tienen problemas y no es justo pedirles que acierten en todo desde el primer intento. Algo de eso le pasó a Yahvé que a poco de haber terminado la creación, se sintió inmensamente insatisfecha con ella. A creer en las palabras del Génesis, se arrepintió de haber hecho hombre en la tierra y le dolió en su corazón. Así que, a grandes males, grandes remedios: tomó la firme decisión de eliminar a todos los hombres y mujeres que había creado.

Pero no quedó satisfecho con ello y decidió que, junto a los hombres, eliminaría a las bestias, los reptiles y las aves del cielo; tan arrepentido estaba de haberles dado vida. Por alguna razón se salvaban los peces: quizás, al estar debajo del agua, no eran tan visibles sus muchas incontinencias.

Ni las plantas, con su aspecto tan inofensivo, se salvaron. Es probable que algunos hongos venenosos y ciertas especies con espinas hayan convencido al creador que también ellas debían hacerse nuevamente. Por lo demás, no sería ni la primera ni la última vez que paguen justos por pecadores.

Más allá de la crueldad de sus propósitos, hay que reconocer que no le faltaba lógica: si todo había salido tan mal, mejor eliminarlo e intentar de nuevo. Quizás una segunda creación –aprovechando la experiencia de la primera– saldría definitivamente mejor.

Pero... siempre hay un pero: no es tan fácil deshacerse de las propias creaturas. Cuando logramos hacer nuestra primera pieza de cerámica que no se rompe no nos importa mucho que en verdad sea un adefesio: perdurará en el tiempo, no en un lugar muy visible de la casa, pero, con los recaudos necesarios, la conservaremos para siempre.

Lo mismo le pasa al que escribe cuentos. Imagina algo, comienza a escribir. A poco de andar se da cuenta que la historia no tiene ni pies ni cabeza, la deja un tiempo, luego la vuelve a retomar. Le quita una parte aquí, le agrega otra allá, el relato sigue sin funcionar, pero él no se da cuenta, como con los defectos de los hijos. El caso es que finaliza produciendo un engendro que deberá digerir el inocente lector que, quizás por haber leído cosas más felices del mismo autor, lo termina perdonando.

La cerámica, el cuento, es la misma situación: no es fácil desprenderse de algo que uno ha creado. Y lo mismo le pasó a Yahvé. Después de su firme determinación, le dio por pensar que quizás algo se podía salvar, que no todo había salido tan mal, que al fin y al cabo él lo había hecho con mucho amor; en fin, pensó que si encontraba aunque sea un buen hombre, con él podría organizar un nuevo comienzo.

Claro que se trataba de una ilusión: si salió mal, salió mal, no le des más vueltas, hermano. Pero si es difícil convencer a un hombre o a una mujer que destruya una creación suya, imagínense a Dios. Terco como una mula que, dicho sea de paso, también la había creado él.

En este punto Yahvé tenía que resolver dos problemas: cómo destruiría su creación y cómo la conservaría. Ese fue el primer problema filosófico de la historia: cómo hacer a la vez dos cosas contradictorias.

Sobre cómo destruirla, no era un tema tan sencillo. Dios había dotado a sus creaciones de una cualidad que hoy llamamos instinto de supervivencia. *Si asolo la tierra con granizo, los hombres y los animales se esconderán en las cuevas y, terminado aquel, saldrán vivitos y coleando*, pensó el insatisfecho creador. También podría arrasarla con fuego de los volcanes, pero se refugiarían en los mares y los ríos y, una vez terminados los incendios, volverían a ocupar toda la superficie de la tierra fornicando y reproduciéndose como locos.

Ya sé –pensó Dios– inundaré toda la tierra con agua durante cuarenta días y cuarenta noches, no hay nadie que pueda nadar tanto tiempo. Algunos autores piensan –dicho entre paréntesis– que esta es la causa por la que se salvaron los peces. El caso es que así se vino el conocido Diluvio Universal.

Pero una vez resuelto cómo destruir a todos los seres vivos, quedaba el problema no menor de cómo conservarlos. Este fue el primer problema moral de la historia: cómo diferenciar lo bueno de lo malo. Y como verá el lector atento, para decirlo de una vez, se resolvió mal.

Terminó eligiendo, para reiniciar la especie humana, a un hombre que no había pecado nunca por la sencilla razón de que no se le había ocurrido. Su rectitud se debía, en verdad, a su falta de imaginación: jamás se le pasó por la cabeza que algo pudiera ser distinto a cómo le habían enseñado. Su bondad no era resultado

de una elección ni de una deliberación: si hubiera nacido en una familia de bandidos hubiera sido un bandido y le hubiera parecido lo más natural del mundo.

Quizás, creen algunos, Dios confundió esa limitación natural con la virtud de la obediencia: “Este hombre obedece mis preceptos y por eso no hace el mal”, pudo haber sido su fallido razonamiento. En verdad, nunca lo sabremos.

Imagínense que a este Noé se le aparece Dios y le dice que va a destruir toda forma de vida en la tierra ya que no le gusta cómo le salió: resulta que son todos muy malvados y violentos y no era esa la idea. Pero su familia se va a salvar si hace un arca como él les dice: ciento treinta y cinco metros de largo, trece metros y medio de alto, veintidós metros y medio de ancho, la ventana y la puerta a cuarenta y cinco centímetros de la terminación, en fin, con todos los detalles.

Y no fue solo eso: le agregó que debía subir al arca una pareja de todas las especies para que tengan vida y así dar inicio al nuevo mundo. De los humanos, sólo él, su esposa, sus tres hijos y sus nueras.

Noé quedó tres días pensativo; no hablaba, no comía, no respondía a las preguntas que le hacían. Finalmente, al cuarto día se levantó, desayunó y dijo a sus hijos:

—Vamos a cortar árboles al bosque.

Esos tres días con sus tres noches no fueron, como se podría suponer equivocadamente, de reflexión o de deliberación: sólo fue el tiempo que le llevó entender lo que se le había dicho y,

cuando finalmente lo comprendió, hizo lo que siempre había hecho: obedecer. Y nadie preguntó por qué a cortar árboles, para hacer qué, cuál era la urgencia: solo obedecieron.

Las mujeres veían con cierta preocupación que sus hombres ya no se dedicaban a la agricultura, pero nada podían hacer. Quedaba algo de grano almacenado y el rebaño no se iba a acabar de un día para otro. En caso extremo, pensó cada una para sí aunque no lo compartió con las demás, había otros hombres en el mundo.

Lo realmente complicado fue la selección de los animales que debían subir al arca. La interpretación que Noé pudo hacer del mandato divino no pudo trascender de lo literal, y lo literal fue: dos de cada especie. La relación que eso tenía con la conservación de la vida permaneció oculto para él.

Así tuvo conflictos interminables, por ejemplo, con las abejas.

—Sólo el zángano y la reina —sentenció Noé, y no hubo cristo que lo moviera de su decisión. Lo mismo le pasó con las hormigas—: Dios no dijo nada de un terrario —fue su decisión final.

Ni que hablar que nunca pudo subir al arca el perro-lobo y su familia, menos aún el oso hormiguero. Para Noé todos ellos eran abominaciones de la naturaleza y, de apoco, iba simpatizando con la idea de Dios de destruir toda la creación. En su obtusa cabeza se le representó que él debía contribuir a tal propósito impidiendo que se subieran al arca esos engendros.

Cuando se presentaron dos duendes Noé los miró con desconfianza:

—Sólo uno de ustedes puede subir, y acompañado de la señora duende.

Los duendes se miraron entre sí antes de responder. No podían creer que estuviera a cargo de semejante operación alguien tan inepto. Con educación uno de ellos dijo:

–Don Noé, la señora duende no existe.

–¡Ajá! –dijo Noé–, a mí no me van a engañar. ¿Quién es su madre?

–La tierra –contestaron los dos a dúo.

Noé los miró con picardía. *Todavía no saben de dónde vienen los niños*, pensó para sí.

En el mismo momento se hicieron presentes las hadas y transcurrió con Noé casi la misma conversación que con los duendes, sólo que las hadas le informaron que ellas nacían del aire.

Noé ya no sabía si se trataba de seres ingenuos o eran, en verdad, una compañía de socarrones que querían burlarse de él. Pero antes de poder dilucidarlo, tomó una rápida decisión:

–Un duende y un hada, arriba el arca. El resto, desaparezcan de aquí. –El duende y el hada señalados se miraron, se encogieron de hombros y subieron.

El caso es que Noé, que tenía que subir al arca a todas las formas de vida para conservarlas, eligió de acuerdo a lo que su entendimiento le permitía. El creyó que, como los seres humanos se dividían en varones y mujeres, toda la naturaleza era así. Macho y hembra, bueno y malo, sano y enfermo, frío y caliente, esa era la manera de pensar de Noé y, en su disculpa, podemos decir que también la de Dios.

Probablemente por eso Noé le gustaba tanto a Dios: podía, con su mente sencilla, simplificar toda la creación que había salido tan complicada. Y así quedó el mundo, dividido siempre en dos, como si no existiera el tres, el cuatro y el infinito.

Muchos estudiosos creen que la diversidad biológica se conservó a pesar de Noé y fue el resultado, azaroso, de un diluvio universal imperfecto, como todo lo que había producido Yahvé hasta ese momento.

Hay que decir a favor de Dios, disimulando la crueldad con la que intentó hacer desaparecer a todos los seres vivos, que no le llevó mucho tiempo darse cuenta de que las cosas no habían salido bien en su creación inicial. Noé era tataranieta de Enoc, quien a su vez era nieto de Mahalaleel que, como todos sabemos, era tataranieta de Adán.

Como verán, en pocas generaciones los hijos de dios se habían dejado seducir por las mujeres hermosas y eso siempre termina mal. Lo de creced y multiplicaos parece que funcionaba bien, pero otros mandatos no eran observados con la prolijidad que Yahvé hubiera deseado.

Pero ese darse cuenta enseguida también tenía un problema: el tiempo para reflexionar sobre las causas de su fallo no había sido demasiado y se corría el riesgo, evidente, de volver a cometer la mayoría de los errores que lo tenían tan apenado. El Diluvio Universal parece más bien una decisión apresurada tomada con enojo que una acción reflexionada; antes y después sigue sin respuesta la pregunta fundamental: ¿por qué la creación resultó defectuosa? ¿Qué pasó con esos seres creados con deseo que no deseaban de la manera en que su creador lo hubiera deseado?

Y los resultados de ese apresuramiento no se hicieron esperar. Bajaron las aguas, crecieron las plantas, comenzaron nuevamente a volar los pajaritos, y Dios quiso premiar a Noé: creó la vid, para que pudiera disfrutar de sus dulces frutos.

Cuando Yahvé comenzó a ver, día tras día, a Noé tirado en el suelo, totalmente borracho y en pelotas, comenzó a dudar de que ese nuevo comienzo trajera, en verdad, algo nuevo.

Sin embargo, algo bueno resultó de todo esto: Dios ya desistió de intentar el exterminio masivo de la humanidad, habida cuenta de los pobres resultados obtenidos con el Diluvio Universal.

Se limitó, eso sí, a aniquilar alguna que otra ciudad de vez en cuando, sólo en los casos de que los acontecimientos contrariaran su voluntad hasta el punto de hacerlo enfurecer. Famosa, en ese sentido, ha sido la destrucción de la siempre creativa Sodoma.

Como el lector sospechará, este doble fracaso de Dios ha desvelado a generaciones de teólogos desde la antigüedad. Han sido muchas las explicaciones y más aún las justificaciones, pero la mayoría de ellas, debemos decir, muy tendenciosas y difíciles de aceptar.

Por ejemplo, algunos han señalado que el error de Dios estuvo dado en que permitió entrar al arca a ocho personas –Noé, sus tres hijos y las mujeres de los cuatro– cuando, hasta los niños saben, que el número bíblico perfecto es el siete. O sea, había una persona de más que sería la responsable del fracaso. Pero, a renglón seguido, esos estudiosos deslizan la sospecha de que esa persona pudo haber sido Cam, de apodo El Bronceado, quien sería el padre de todos los pueblos cuya piel no es blanca y, a esa

altura, uno ya empieza a sentir un tufillo a racismo que ofende a las narices políticamente correctas.

De acuerdo a la información con la que contamos, si fuera cierto que en el arca había alguien de más, no tenemos dudas de que ese fue Noé.

Pero claro que hubo investigaciones mucho más serias. Los teólogos independientes han arribado finalmente a una conclusión de toda esta triste historia, y dice así: un Dios perfecto hace, necesariamente, todas las cosas perfectas, o sea, las hace siempre igual.

Pero, para los que no somos teólogos o especialistas en ciencias sagradas, podemos traducir esa sesuda conclusión en una sencilla moraleja: si eres un dios, cuando lo que hagas te salga mal no te molestes en destruirlo, la próxima vez... de nuevo te saldrá mal.

Y el corolario de esta moraleja es alentadora: como no somos dioses, siempre podemos mejorar un poco las cosas que hacemos. *¡Avanti o popolo!*

Eco

El problema ya era inocultable. Mamá, cada vez más, repetía cada cosa que escuchaba, hasta imitando el tono de voz del que la decía.

Al principio causaba risa. Todos decíamos: “Esta mamá, siempre haciéndose la graciosa”. Pero cuando fueron pasando los días y las semanas y seguía con lo mismo, aun cuando le decíamos que ya no era gracioso, comenzamos a sospechar que se trataba de algo serio.

“Osmitis”, fue el diagnóstico. Nadie en nuestra familia había oído semejante nombre. Nos explicaron que era una enfermedad neurológica que afectaba el lenguaje. Su origen era un poco indeterminado y podía estar encubriendo algún otro tipo de patología.

Fuimos aprendiendo que la ocurrencia de esas repeticiones era variable, tenía días mejores y días peores. Ahora también repetía lo que escuchaba en la radio o en la televisión, aunque tenía muchos momentos de conversación normal. La conmoción familiar no terminaba de encontrar su límite, nos parecía un mal sueño lo que estaba pasando.

Con la nueva situación de mamá tuvimos que aprender muchas cosas. La primera de ellas, a no sentir vergüenza: solamente estaba enferma, no era una conducta voluntaria. La segunda, a no regañarla: ella no comprendía lo que estaba haciendo.

Lo que resultó duro de digerir fue la noticia de que, en la mayoría de los casos, la osmitis no tenía cura. La medicación sólo la podía ayudar, quizás, a reducir las repeticiones.

Hera estaba siempre atormentada y celosa, y con motivo. Su hermano Zeus no era justamente lo que se dice un esposo fiel. ¿Esposo y hermano? Pues, sí. ¿Cómo cree usted que se pobló el mundo a partir unos padres primigenios?

Los abuelos de Zeus y de Hera eran nada menos que Gea, la tierra, y Urano, el cielo, quienes tuvieron varios hijos e hijas: los poderosos Titanes y las poderosas Titánides. Uno de ellos, Cronos, se casó con su hermana –con quién si no– llamada Rea, a la que de apodo le decían La rea. Cronos, por su parte, como su nombre lo indica, fue el inventor del cronómetro. Cronos y Rea fueron los padres de Zeus y de Hera.

No fue fácil la vida para Zeus, sobre todo si tenemos en cuenta que su padre tenía la pésima costumbre de comerse a sus hijos. Así que Rea tuvo a Zeus a escondidas y lo dejó en una cueva: allí lo criaron entre las ninfas y las cabras; se imaginan los pésimos hábitos sexuales que aprendió el muchacho. No existía todavía el psicoanálisis, así que no pudo recuperarse en toda su vida: la promiscuidad lo perseguía y lo alcanzaba frecuentemente.

Diosas, semidiosas, mujeres mortales, todas eran material erótico para excitar al dios, y eso que todavía no existían las

páginas pornográficas. Como buen amante, dominaba todas las artes de la metamorfosis: así fue hombre, animal, fina lluvia, cualquier recurso servía para copular y embarazar a sus elegidas.

Imagínense a la bella Europa, en la playa de Tiro donde estaba junto con sus amigas, cuando del bosque sale un hermoso toro blanco. Lo primero que siente Europa es temor, pero el toro se acuesta a su lado y la mira con sus inmensos ojos. Ella queda impactada por su belleza y su mansedumbre. De a poco toma valor y lo comienza a acariciar, el toro apoya la cabeza en la arena y se entrega a sus manos. Tanta confianza siente, que se levanta y monta encima del toro; siente la tibieza de su pelo calentado por el sol entre sus piernas. El toro camina lentamente por la playa y las amigas de Europa la admiran por el control que ella ejerce sobre el animal. Cuando comienza a trotar, ella se sujeta de sus cuernos y experimenta el vértigo del poderoso cuerpo que está debajo del suyo. Sus muslos tiemblan y la parte de la espalda del animal donde está sentada comienza a humedecerse. El toro se interna en el mar y nada hasta la isla de Creta con ella en su lomo. En la isla se da a conocer y nueve meses después nace Minos.

O piensen en Dánae, recluida por su padre en una estancia con paredes de bronce, vigilada día y noche por una corte de mujeres vírgenes y eunucos. Trataba así el sugestionable Acrisio que ella no tuviera en toda su vida contacto con un hombre, ya que un oráculo le había anunciado que un hijo de ella lo mataría. Así, encerrada, fue creciendo en belleza, como se acostumbra a

decir. De tal forma la vio Zeus, desnuda, virgen, deseosa, pero entendió que, a pesar de ser dios, jamás podría burlar a los atentos vigilantes de esa celda. Así que, transformado en nube, entró por una pequeña ventilación que daba al exterior; cubrió su cuerpo y se transformó en una llovizna tibia. Dánae soñaba que mil manos de terciopelo la estaban acariciando, cada gota era un diminuto dedo que daba vida a su piel; el agua se escurría por su vientre alimentando el bosque de su vello púbico. Nueve meses después nació Perseo.

Claro que después de cada aventura había que volver al Olimpo y encontrarse con Hera. Quizás ésta hubiera soportado mejor esas infidelidades si de cada una de ellas no resultara un hijo o una hija. Atenea, Apolo, Artemisa, Hermes, Perséfone, Dioniso, Heracles, Helena, los ya mencionados Minos y Perseo, son sólo algunos de los incontables hijos extra-matrimoniales de Zeus.

Los recursos del amante divino eran interminables. Incluían el apoyo de una ninfa que, cuando él andaba de trampa, debía entretener a Hera para que no reparara en su ausencia. Lo que se dice, las había pensado todas.

¿Cómo era mamá antes de enfermarse? Una mamá normal, diría, como todas las mamás. De hablar mucho, eso sí, pero cosas concertadas, con sentido.

Cuando mi esposa y yo perdimos nuestro primer embarazo, ella pasó una semana en casa, hablando conmigo, hablando con ella, consolándonos, se podría decir. Pero tenía una manera especial de consolar: nos hablaba de otras cosas, de las noticias del día, del budín que había hecho la otra nuera, hasta de fútbol hablaba. Me contaba qué jugadores se irían de San Lorenzo y cuáles estaban por venir, sabía más del mercado de pases que el Pollo Vignolo.

Cuando mi hermana se separó –bueno, es un decir que se separó–, cuando su marido se fue con otra quince años más joven, lo mismo: se instaló en su casa y no la dejó casi pensar en lo que había pasado. Apareció con una pila de revistas de moda y comenzó a hablar de la temporada en Europa, de lo que se iba a usar en el verano en Argentina, en cuáles eran los catálogos que parecían mejor preparados.

Mi hermana es modista. A la semana de estar sola ya tenía organizada una colección de trajes de baño para el verano que le envidiaría Marie Claire. Mamá todo el día hablándole de las nuevas tendencias, de la vuelta de la malla de una pieza, de los bañadores con volados, de las bikinis con estampados temáticos. Mi hermana no había imaginado jamás que nuestra madre conocía tanto del tema.

Su manera de acompañar era esa. No te hablaba de que en el futuro las cosas iban a ir mejor ni te agobiaba con multitud de

ejemplos de gente a la que le pasaron cosas peores que a vos: sencillamente, te hablaba de otra cosa.

Y, justo es decirlo, la medicina que aplicaba a los demás es la que tomaba ella misma. Cuando se enfermó papá no hubo manera de hablar con ella de la enfermedad, ni del tratamiento ni del pronóstico. Todo el tiempo hablaba de otra cosa.

A veces nos resultaba agotadora y hasta un tanto superficial, al fin y al cabo sufrir es parte de la vida: no hay que evitarlo a cualquier precio. Pero, por otra parte, cuando el dolor es grande y te llega hasta los huesos, te da lo mismo que sea morfina, tramadol o codeína; lo único que querés es que te deje de doler, por lo menos por un rato.

Hera era la reina de los dioses del Olimpo, cornuda, pero reina al fin, y el pueblo griego la veneraba como la diosa del matrimonio. ¡¿Qué loco, no?! Pero así son las cosas.

Al principio se alegraba de la compañía de la ninfa que le había asignado Zeus. La entretenía en sus ratos de ocio ya que nunca paraba de hablar y, por otra parte, sabía que mientras estuviera en su presencia, Zeus no podría tener sexo con ella: una menos en la extensa lista de aventuras de su hermano menor.

Claro que hablar todo el tiempo también significaba un esfuerzo considerable para la ninfa: había momentos en que ni ella sabía de qué hablaba. Lo importante era no callar, lograr que Hera se

entretuviera con su conversación y no pensara en sus múltiples pesares.

La ninfa esperaba con ansia que regresara Zeus ya que ese era su momento de descanso. Con él presente, sus servicios no eran requeridos. Pero, cuando aquel comenzaba nuevos viajes, su tarea era no dejar un instante sola a la reina.

Con el tiempo, Hera se fue cansando de esa ninfa parlanchina: hubiera deseado un poco más de silencio, un poco más de recogimiento para realizar sus buenas y sus malas acciones. Y buscando ese silencio un día lo comprendió: la ninfa aparecía cuando su marido estaba poniéndole los cuernos con cualquier cuerpo bonito que se le hubiera atravesado, su misión era tenerla entretenida para que no pudiera pensar en lo que realmente estaba pasando.

La vengativa Hera se enfureció con su descubrimiento pero, como ya se sabía desde antiguo, la venganza es un plato que se saborea frío, y ella no lo ignoraba. Pensó mucho en la mejor manera de castigarla: ya fuera cómplice de Zeus o solo siguiera sus órdenes, su cometido era deleznable. En ningún momento se le ocurrió que la compasiva ninfa, al ayudarla a no pensar en las infidelidades de su marido estaba, también, de alguna manera, consolándola.

¿Cómo había podido escucharla tanto tiempo? ¿Cuál era esa capacidad que le permitía a la ninfa estar hablando sin parar de distintos temas? Cuando llegó a este punto lo tuvo claro: el

castigo sería quitarle para siempre esa capacidad con la que la había tenido distraída mientras su marido la engañaba.

—Eco —le dijo Hera, ya que ese era su nombre—, de ahora en adelante no tendrás más palabra propia, sólo podrás repetir las palabras que digan los demás —y así, la pobre ninfa, perdió su palabra para siempre.

Yo no sé si estaba mal o estaba bien lo que hacía mí madre, pero era muy eficaz. Con ella al lado, al rato tenías la cabeza llena de tantas cosas, que no te quedaba lugar para el dolor. Cuando te ibas a la cama, ahí retomabas el duelo, podías echar una lágrima de ser necesario, pero mientras ella estaba contigo, olvídale: su permanente conversación no dejaba ni el más pequeño hueco para la pena.

Y ahora, verla así, repitiendo todo el tiempo retazos de lo que otros dicen... no acierto a describir lo que un hijo siente en esas circunstancias.

Si creyera en Dios, le pediría que me devuelva a la mamá habladora que tenía, así, superficial, agotadora, compasiva... tal como ella era.

Con ese mismo cuerpo

Café. Conversaciones en voz baja. Cada tanto algún llanto. Cada tanto algunas sonrisas, probablemente recordando buenos momentos compartidos con el finado. Amigos y amigas de la familia consolarían a mis abuelos como mejor podían y sabían. Así me imagino yo ahora, que soy adulto, la noche del velorio de mi tío.

Una prolongada enfermedad había terminado con su vida. Aunque ya hombre de casi cincuenta años, no dejaba de estar en pleno uso de sus fuerzas vitales.

Ese maldito cáncer, contra el que luchó sin éxito durante casi dos años, lo había transformado del hombre que era en unos restos insignificantes que mal atestiguaban la apuesta presencia que había sabido exhibir cuando gozaba de plena salud.

Cuando era niño amaba viajar a caballito sobre sus hombros; me hacía el cansado, aunque no lo estuviera, con tal de lograrlo. Creo que mi tío lo sabía, pero él también lo disfrutaba y siempre estaba dispuesto a cargarnos, no solo a mí, sino a mis primos y a mis hermanas. Para nosotros, él era el tío incansable.

Pero, al momento de su muerte, sus vitales ochenta kilos habían quedado reducidos a la mitad. La familia, luego de una breve deliberación, aprobó que el velatorio se realice con el féretro cerrado: su imagen actual no lo identificaba. De esta forma, considerarían, honraban al muerto y evitaban un penoso espectáculo a los ya atribulados amigos, amigas y familiares.

Todo esto lo sé ahora, cuando ya he tenido que asistir a otros velorios. Pero cuando esa mañana me llevaron al de mi tío, yo era un adolescente de trece años.

Entendí que la llegada del sacerdote indicaba que faltaba poco para la despedida final ya que todos los presentes, que no eran pocos, rodearon el ataúd.

Lo que allí aconteció me dejó sumido en la mayor de las perplejidades.

Recuerdo como si fuera hoy al sacerdote: baja estatura, rostro delgado, nariz afilada, bellos ojos. Creo que los ojos eran lo que más lo ayudaba en su trabajo, transmitían una mezcla de serenidad y ternura. Vestido bastante normal para lo que suelen vestirse los curas, llevaba en su mano el infaltable libro del que asoma el cordel para que pueda encontrar la página de la que, por otra parte, leerá unas pocas palabras; tan pocas que bien las podría haber dicho de memoria de tantas veces que las habrá leído.

Dijo algo sobre la resurrección de los cuerpos y cerró el libro. Acarició a todos con la mirada y, con una voz un tanto aguda, comenzó a explicar que la promesa que había hecho Cristo sobre la resurrección de los cuerpos no era una metáfora.

Yo, a esa altura de mi vida, no estaba muy seguro de lo quería decir “metáfora”, pero entendí perfectamente que se trataba de algo ficticio, mientras que la resurrección de la que se hablaba era algo real.

—Porque Alberto —dijo, ya que así se llamaba mi tío—, cuando llegue el día en que Dios lo llame, resucitará con ese mismo cuerpo. —Y repetía una y otra vez, para que no quedara ningún tipo de dudas, “con ese mismo cuerpo”, mientras señalaba inequívocamente al féretro cerrado.

Me invadió una indescriptible sensación de tristeza. Pobre tío, yo lo había visto bastante desmejorado y las últimas semanas ya no me habían llevado a verlo. No hacía falta ser muy inteligente para entender que estaba hecho pelota.

¿Para qué iba a querer el tío resucitar con ese mismo cuerpo? Sería un eterno resucitar y morir, resucitar y morir... o peor, vivir para siempre con un cuerpo enfermo, sin fuerza ni para andar, yo había escuchado que el tío ya no se podía levantar.

Con papá y mamá fuimos en un auto hasta el cementerio. Cuando bajamos, el abuelo y los tíos y mi papá llevaron el cajón caminando hasta el lugar donde lo enterraron. Todos los seguimos, era la primera vez que estaba en un entierro. El cura bendijo la tierra y allí dejaron al tío, durmiendo hasta que sonara el despertador divino.

Me apenaba, claro, la muerte del tío; yo le quería mucho. Y también entendía que la estaba pasando mal, que su enfermedad no se podía curar y que, de alguna manera, quizás a un precio muy alto, había dejado de sufrir. Pero lo que no me podía quitar de la cabeza era que, algún día, iba a volver a la vida con ese cuerpo destruido con el que la dejó.

Recuerdo que en ese tiempo, cuando pensaba en él, deseaba que la lluvia y la tierra deshicieran el cajón y lo hiciera desaparecer definitivamente; así Dios no lo podría encontrar, por más que se empecinara en buscarlo.

En la clase de religión tampoco pude encontrar buenas explicaciones sobre la resurrección de los cuerpos, me quedó más bien la impresión de que no se sabe mucho sobre el tema. De hecho, es algo que se dice que va a pasar, pero que no ha pasado nunca todavía, así que es bastante comprensible que nuestros conocimientos sobre el tema sean limitados.

La profesora de Ciencias Sagradas nos leyó muchos pasajes de la Biblia donde se habla del tema. Me encantaba escucharla cuando nos leía, lo hacía caminando entre las filas de bancos. Su voz era profunda, parecida a la de un río crecido que arrastra las piedras de su lecho, pero contenido por las riberas de su garganta salía clara y sencilla. Ella era una mujer muy alta, por lo que sus palabras caían sobre nosotros como si vinieran directas desde el cielo. El color aceitunado de su piel nos recordaba las imágenes que ilustran la vida de Jesús y, si hiciera falta alguna otra señal, se llamaba Betsabé de los Ángeles: estaba claro para sus alumnos y alumnas que sólo podría haber sido profesora de religión.

Escuchándola, me sentía identificado con los griegos de Atenas que para nada se dejaron impresionar por la idea de la resurrección de los cuerpos. “Sobre ese tema te escucharemos en otra oportunidad”, le dijeron a Pablo los más educados.

–Profe –le dije–, si alguien se mata en un accidente de moto y se rompe varios huesos y la cabeza ¿con qué cuerpo resucita?

No le dieron tiempo de responder. Una compañera me saltó a la yugular y dijo:

–Con el cuerpo que tenía antes del accidente, infeliz. ¿Con qué cuerpo va a ser?

–¿Y si antes del accidente ya estaba enfermo? Por ejemplo, tenía un cáncer.

–Bueno, con el último cuerpo sano que tuvo –dijo la misma compañera, ya sin tanto convencimiento.

–¿Y si está enfermo desde que nació? ¿Si no tiene un cuerpo sano anterior? ¿Entonces ya no resucita?

–Es que cuando resucitemos no tendremos enfermedades de ningún tipo –explicó otro compañero–. Dios nos curará de cualquier enfermedad que hubiésemos tenido.

La profesora leyó algo de la semilla y de la resurrección de la planta y del cuerpo natural y del cuerpo espiritual, de lo que no entendí pepa. Me pareció más confiable lo que dijo mi compañero: si Dios tenía poder para resucitarnos, lo tendría también para curarnos.

De todo eso lo que me quedó claro es que o el cura del velorio de mi tío era un soberano ignorante o acá nos estaban contando cuentos de hadas.

Después de cinco años de tener Religión uno ya no ve el mundo de la misma manera. A punto de terminar la secundaria había adquirido una visión bastante diferente de la que nuestros profesores hubieran deseado. Ya había muerto el Dios bueno y dado lugar a uno nuevo: vengativo, envidioso, colérico.

Así me enteré que éramos inmortales, o que podríamos haberlo sido, y que, en verdad, había muchos dioses, como creían los antiguos. No le gustó nada a Dios que los hombres hayan dejado

de ser animalitos. A creer en los libros sagrados, allí él dice claramente: “He aquí que el hombre es uno como nosotros”, como nosotros los dioses, se entiende, “sabiendo del bien y el mal; ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre”.

Así que estuvimos a una manzana de ser inmortales, que lo parió. Han de haber sido una serie de causas concatenadas las que lo impidieron. Posiblemente Eva, después de ver cómo su marido le echaba la culpa –*La mujer que me diste por compañera me dio del árbol y yo comí*– habrá pensado: “Cagate, infeliz, yo pariré con dolor pero vos vas a tener que laburar como un perro toda la vida”. Y la serpiente, al escuchar como Eva la mandaba al frente –*La serpiente me engañó y comí*– se dijo a sí misma: “Yo andaré sobre mi vientre toda la vida, pero no avivo más giles”.

Betsabé ya no era la profesora mágica a la que le podía creer cualquier cosa, ahora era la profesora de la que me había enamorado. Bueno, no fue tanto el cambio, también le creería cualquier cosa si me diera bola. Pero nunca trascendió de un romance mental: en vez de pensar en su voz ahora pensaba sus largas piernas, en vez de concentrarme en sus palabras me concentraba en sus ojos negros; en fin, pequeños cambios en una misma historia.

Recién de adulto pude terminar de comprender que la fábula de la resurrección de los cuerpos es un consuelo ante la muerte. Ese sabio sacerdote, el del velorio de mi tío, lo que le dijo a mis abuelos, a mis tías y tíos, a mi padre, a los amigos y amigas fue: “No se ahoguen en el dolor, este cuerpo sin vida es una apariencia, el verdadero cuerpo está esperando el llamado de Dios”.

Lo entendí leyendo la increíble novela de Saramago, *El evangelio según Jesucristo*. Jesús, posiblemente sintiéndose culpable por la increíble crueldad de su padre, cuando ve el dolor que produjo la muerte de Lázaro y sin poder ignorar que la misma era consecuencia de la manera egoísta en que su progenitor había retirado el árbol de la vida del Jardín del Edén, va a reparar el mal de raíz. ¿Por qué no hacer una breve demostración de la resurrección de los cuerpos?

Pero ese hijo divino, aunque habla de amor y trata de no ser cruel, lo sigue siendo. Podríamos decir, en su disculpa, que estaba en su naturaleza. Quien se da cuenta inmediatamente de la atrocidad que va a ocurrir es la hermana de Lázaro, quien clama ante Jesús: “¿Qué pecado ha cometido mi hermano para tener que morir dos veces?”.

Pero el hijo de Dios no la entendió. Quizás porque, al igual que su padre, nunca entendió la sencilla lógica de la vida. Quizás porque la vida surgió de otra manera y los dioses solo intentaron entenderla sin éxito durante toda su vida. Sin escucharla fue y lo resucitó.

Así, los presentes pudieron descargar su pesar: “Lázaro vive, Lázaro vive, la muerte es una apariencia”. Bravo por el cura, él sabía lo que a mis jóvenes años yo aún no había comprendido. Total, qué más da, el que pone el cuerpo es Lázaro... o mi tío.

El espectáculo, siempre, debe continuar.

Los monstruos del Apocalipsis

1

El viento y la lluvia... eran dos hermanos... iba tarareando esa mañana Tomás mientras luchaba para que el viento no terminara de desvencijar su viejo paraguas. El invierno en Buenos Aires tiene algunas semanas que se exigen de participar en el calentamiento global del planeta y, a la vieja usanza, nos recuerdan que estamos más cerca de la Antártida que del ecuador.

Antes de llegar a la biblioteca tenía que preparar una donación de libros y no le quedaba tan de paso. Ya hacía tiempo que no recibían donaciones directas; la verdad es que muchas de ellas contenían libros de escaso valor y, con frecuencia, casi destrozados. Un día el director tomó la decisión:

–Somos una biblioteca pública, no un lugar de descarte de papel viejo que alguna vez fueron libros.

Porque, una vez que llegaban esos deshechos a la biblioteca, se creaba un problema adicional: ¿quién sería el alma sin sentimientos que tiraría esos libros a la basura? Así, ante la falta de asesinos voluntarios de libros, aunque viejos e inútiles, se llenaban mesas enteras con ese material que algún día se iba a clasificar, algún día se iba a reparar, algún día se iba a catalogar, sabiendo todos que ese día no llegaría nunca.

–Lo hecho, hecho está –dijo el director refiriéndose a esas donaciones-descarte acumuladas–, pero no recibiremos más

libros que no estén en buen estado y cuya pertinencia permita catalogarlos inmediatamente.

Así que, de ahí en adelante, cuando se ofrecía una donación de libros, muchas veces porque el propietario de los mismos ya no estaba en este mundo para ahijarlos como correspondía, se anotaba la dirección y uno de los bibliotecarios pasaba por allí. A unas cajas iban a parar los que se aceptarían como donación, con faja y firma del bibliotecario actuante. El resto quedaba a criterio del donante, ya no era problema de la biblioteca.

2

El estudio del doctor Antonio tenía varios usos, algunos marcados por el horario y otros por los días de la semana. Por la mañana quedaba en manos de la limpieza, ejercida por distintas personas. La empleada se ocupaba de pisos, vidrios y telarañas. La esposa del escritorio, libros y estanterías. Por las tardes, de lunes a jueves se atendían clientes. Estos esperaban sentados en una galería con piso calcáreo -un damero en rombos color blanco y negro-, y cerrada por una mampara de vidrio repartido. Seis sillas hacían la comodidad de los esperantes.

En verano la galería era fresca, pero en invierno la estufa de velas a gas de kerosén, aunque se ponía al rojo, no daba abasto para entibiar el ambiente. Eso hacía innecesarios los percheros: nadie se quitaba el abrigo.

Si alguna vez, excepcionalmente, la capacidad de esas sillas quedaba superada, no quedaba otra opción que esperar de pie. Muchos de sus clientes se conocían o, por lo menos, tenían cosas en común: el trabajo en el puerto. Tenían abundantes

temas de conversación, aunque también existían los públicos callados que esperaban ser atendidos sin emitir palabra.

En la misma galería había un pequeño escritorio con una silla ocupada por la secretaria del doctor Antonio. Una máquina de escribir, la bandeja con papel y una carpeta con carbónicos era todo lo que se hallaba habitualmente. Otros útiles estaban guardados en los cajones. La responsabilidad de esta secretaria consistía, principalmente, en abrir la puerta para que ingresen y se retiren los clientes. Ocasionalmente podía estar mecanografiando algo aunque, en verdad, el abogado por lo general confeccionaba sus propios escritos.

No había teléfono ni agenda. Allí no se daban turnos. El que necesitaba hacer una consulta debía ir directamente y la suerte determinaba el tiempo de espera. Según la filosofía de trabajo imperante en aquel lugar, una consulta legal no podía depender de cuándo al abogado le quedara bien atenderlo. Había días en que el doctor terminaba bien entrada la noche.

Si alguna rara vez una mujer llegaba al estudio del abogado recibía un trato especial: debía esperar en la galería, como todos, pero cuando se retiraba la persona que estaba siendo atendida, la secretaria la hacía pasar. Algún comentario que suscitaba esa situación, por lo general referido a la justicia en los turnos de atención, era rápidamente sofocado por la misma secretaria:

—Ella tiene que ir a atender a su familia. —Y si algún revoltoso insistía, agregaba—: A usted no le gustaría llegar a su casa y que no esté la comida hecha porque su mujer está esperando en lo del abogado, ¿no es cierto?

Claro que a veces esas situaciones daban lugar a comentarios jocosos. Acaso la mujer no tenía casa ni familia a la que atender o sus actividades estaban bastante alejadas de las obligaciones del hogar; pero nada, ahí era así y todos lo aceptaban.

Los viernes no se atendían consultas. El doctor los utilizaba para ordenar la actividad de la semana que estaba terminando y programar las actividades de la siguiente. La lectura, en algunos casos, también le insumía bastante tiempo, ya que las leyes no siempre estaban hechas pensando en el bienestar de sus clientes.

Las noches de los viernes y la tarde de los sábados el estudio se transformaba en un lugar de reuniones sociales, no muy numerosas, es cierto, pero muy apreciadas por su propietario.

Esta costumbre venía desde su época de soltero. Circulaban en esas ocasiones diferentes personas cuyas actividades u opiniones eran especialmente valoradas por Antonio. El abogado tenía profundas preocupaciones sobre la marcha del mundo y apreciaba reunirse con quien pudiera mantener una conversación inteligente, aunque sus puntos de vista fueran totalmente disímiles.

Si hacía falta se entraba alguna silla adicional de las que estaban en la galería, aunque en general lo reducido de estos grupos no lo hacía necesario. El estudio contaba con dos cómodos silloncitos para que utilizaran los clientes, y él se sentaba en un taburete: una vieja dolencia en su espalda mejoró notablemente desde que le aconsejaron utilizar un asiento sin respaldo.

3

La Boca lo recibió a Tomás con la misma cara gris que encontró al salir de su casa, con el agregado de que la cercanía del río le permitía al viento moverse aún con más libertades. Ya era inútil intentar defenderse con el paraguas. Esas casas, que alguna vez estuvieron pintadas de vivos colores, entre el paso del tiempo y la grisitud del día, ofrecían un paisaje monótono y triste.

Habló varias veces con el conductor del 20 para descender en el lugar apropiado, ni una parada antes ni una después. No era fácil llegar al destino. El plano indicaba que había que bajarse justo donde el navegante Vespuccio se confunde con el revolucionario Garibaldi, con la vía del tren en medio para complicarlo todo. A partir de allí es necesario serpentear entre las calles para encontrar al Padre Grote. Y encima la llovizna, que se metía por todos lados...

Pero un bibliotecario buscando libros es como un misil teledirigido: difícil que erre al blanco. Así que, después de golpear la puerta, se encontró en un zaguán oscuro pero protegido. El paraguas quedó apoyado en la pared. La anciana que le abrió la puerta le dijo:

–M’hijo, usted está a la miseria. Venga conmigo que le voy a servir un mate cocido –y lo llevó a la cocina.

Con la taza humeante entre sus manos se sintió cobijado: el vapor calentaba su nariz y empañaba sus anteojos. Disfrutaba de la sensación de calor que se transmitía a sus manos y con cada sorbo se iba reconciliando con la vida. No pudo evitar sentirse

como el hombre de las cavernas, cobijado en una cueva y a salvo de las inclemencias del tiempo.

–Ya viene mi hija –le informó la viejita.

Claro que Tomás no tenía ningún apuro en ese momento, aunque el anuncio lo fue devolviendo, poco a poco, a su trabajo. Minutos después se hizo presente una señora de aspecto casi tan anciano como la anterior, pero de voz clara y andar decidido.

–¿De la biblioteca?

–Sí.

–Sígueme, por favor.

Volvieron casi hasta la puerta de entrada y pasaron a una galería a la que daban las puertas de varias habitaciones. Una mampara de hierro y vidrio repartido la separaba de un patio interno descubierto. Las gotas de lluvia se adivinaban deslizándose del otro lado de los cristales. Una sensación intermedia entre el interior y el exterior invadió el cuerpo de Tomás que, instintivamente, caminaba más cerca de las puertas que de esa delgada separación con la intemperie.

–Venga por aquí –dijo la mujer abriendo una de las puertas. Enseguida prendió la luz de la habitación y quedó claro que ese ambiente, en alguna época, había sido una biblioteca–. Soy Estela –agregó–, y este supo ser el estudio de mi padre.

No hacía falta preguntar para saber que ya hacía mucho tiempo que nadie hacía uso de ese lugar. Un escritorio desvencijado

enfrentado a un taburete como de pianista, restos de libros sobre el escritorio, un anaquel alto contra una pared y estantes bajos en el resto del cuarto.

—Hice aspirar el polvo y las telas de araña, el resto está tal cual lo dejó papá —agregó.

A golpe de vista, Tomás estimó que estaba frente a unos ochocientos libros, poco más o menos: seguro que más de un día de trabajo y, probablemente, varias cajas. Llamó a la biblioteca.

4

Las horas de conversación no traían nuevas luces a los problemas, pero sí lograban afirmar algunas preferencias de esos dos hombres. Uno había cruzado el mar, empujado por los vientos de la convulsionada Europa, y recaló en las orillas del Río de la Plata. El otro había crecido al lado de ese río.

Se habían conocido cuando Antonio asesoró al Círculo de Obreros Católicos de Barracas para la compra de un inmueble; alguna situación complicada en los títulos de la propiedad hizo necesario el estudio legal del tema. Cuando el cura averiguó por un abogado de la zona, lo mandaron al estudio del doctor Antonio. —Soy el Padre Federico —se presentó sencillamente.

En las pocas ocasiones en que se vieron profesionalmente circuló entre ellos una cálida corriente de comprensión, más cuando Antonio conoció algunas de las particularidades de aquel cliente, ahora su amigo.

–Me parece increíble –le dijo– que hayas renunciado después de todo lo que hiciste.

–Es increíble y no es increíble. No me podía quedar para hacer aquello en lo que no creí en toda mi vida.

–¿Pero era tan importante el tema del nombre de los Círculos?

–Lo era y no lo era. Era importante porque yo imaginé la posibilidad de que los obreros se agrupen, se apoyen mutuamente y de esa manera alivien algunas de las carencias que sufren en esta sociedad. Pero yo siempre pensé en todos los obreros, no sólo en una parte de ellos. Es un viejo tema de la iglesia, no es fácil de entender.

–La idea del pueblo elegido, ¿no?

–Veo, Antonio, que no se te escapa nada.

–¿Querés otro café?

Los dos amigos se levantaron, buscaron tazas, se sirvieron... dos terrones de azúcar.

–Me imagino que no hubo manera de que entren en razón.

–Te imaginas bien. Miguel es un fanático. Has visto que ni duda en usar la violencia para imponer sus ideas. No hay nada tan antievangélico como la violencia.

–Pero tanto él como vos siguen las enseñanzas de León XIII, eso debería haberles permitido encontrar puntos de acuerdo entre ustedes.

Federico lo miró con cara de cansancio. Sus ojos entrecerrados y su boca a punto de decir algo, no sabiendo si decirlo o no o, quizás, decidiendo si valía hacer el esfuerzo.

—La *Rerum Novarum* puede leerse de muchas maneras. Yo lo hice de una, él lo hizo de otra.

—Te comprendo. Para el momento en que se escribió el papa parecía mucho más preocupado por el socialismo que aún no existía que por el capitalismo que obligaba a las personas a vivir en condiciones indignas de hijos de Dios.

—Sí, pero esa es una posición teórica. No quiere decir que tengamos que salir a matar comunistas.

El Congreso Eucarístico Internacional, realizado hacía dos años en Buenos Aires, había removido las cenizas de viejas disputas y las brasas del fanatismo volvían a provocar incendios en las almas y las comunidades, atadas éstas más por vínculos de autoridad que de creencias.

El abogado y el cura, aunque de distinta manera, intercedían por sus clientes: uno ante los tribunales humanos, el otro ante el tribunal divino. Pero había algo que los unía y era la convicción de que la vida podía ser más justa de lo que era. Uno enarbolaba el Código Civil, el otro la Doctrina Social de la Iglesia.

5

Para el mediodía Tomás ya había desocupado el escritorio y estaba utilizando los estantes bajos para depositar los libros que

irían a la biblioteca. Todo lo que iba descartando lo apilaba ordenadamente sobre el piso de pinotea.

En eso estaba cuando reapareció Estela:

–Mamá hizo un arroz, ¿quiere comer con nosotras?

Tomás inició un gesto para decir que no, que muchas gracias, que no se molesten, pero el resto de él no lo acompañó. De esa rebelión participó su mente, que sabía que no podía salir de la casa porque de un momento a otro le llegarían las cajas. Y además, aunque hubiera podido salir: ¿dónde hubiera ido?, ¿qué encontraría abierto en las cercanías para comer algo?, sin contar con el temporal que seguía reinando por derecho propio.

De la misma rebelión también participó su cuerpo, ya con hambre y olvidado del mate cocido caliente de la mañana. En fin, que resultó derrotada su personalidad, formal y tímida, y se escuchó diciendo muy cortésmente que, si no era molestia, comería con ellas.

Una vez en la cocina le quedó claro no sólo que no era molestia, sino que esa comida había sido preparada justamente porque había visitas en la casa. Lo hizo sentir cómodo que comieran en la cocina, en una mesa de tablas cubiertas por un mantel de hule, como recordaba las comidas de su infancia en casa de su abuela. Tres cubiertos en la mesa, una botella con agua y un apetitoso olor, probablemente a azafrán, que ocupaba todo el ambiente.

–Sirvo en el plato para que no se enfríe –anunció la abuela mientras cargaba dos generosos cucharones de arroz en cada uno.

Tomás se sentía en un planeta antiguo, no sabía que el 20 también era una máquina para viajar en el tiempo. Estaba tan lejos de su planeta originario... Villa Ballester parecía de otra dimensión, aunque el desayuno compartido con su mujer estaba ahí, todavía, al alcance de la memoria.

–¿A qué se dedicaba su marido? –preguntó Tomás en ese espacio que hay entre los últimos granos de arroz y la sobremesa.

–Era abogado m’hijo.

–Abogado laboralista –agregó Estela–. Mi papá dedicó su vida a defender a los trabajadores del puerto... embarcados, changarines, estibadores. Tenía sus broncas, pero era fiel a su manera.

Tomás entendió que era el comienzo de un relato. Para que continuara él debía aportar el silencio, así que reprimió con gusto los deseos de seguir preguntando.

–Papá peleaba con todos, con los patrones, con el sindicato, con los socialistas, con los anarquistas, con los peronistas, con los curas... Él creía que todos usaban a los obreros, para ganar plata o para ganar votos o para ganar almas para el cielo.

Golpearon a la puerta.

–Han de ser las cajas. Gracias por el almuerzo abuela –y se levantó para acompañar a Estela que ya se dirigía a la entrada.

La anciana lo miró también con gratitud. Sus ojos dijeron “No es nada” y se puso a juntar los platos.

6

–Estuve leyendo sobre la Liga Patriótica, tenías toda la razón.

–Lamentablemente, Antonio.

–¿Cómo puede ser que un obispo haya sido oficialmente miembro de una organización fundada en el odio y dedicada a ejercer la violencia?

–Y ya esa gente venía haciendo desmanes desde la creación de la Guardia Civil. Como están las cosas, no creo que nadie haga nada por juzgarlos: tuvieron todo el apoyo de la alta sociedad.

–Sí, he investigado un poco y vi que, cuando fue la matanza de la Semana Roja, la Bolsa de Comercio, la Bolsa de Cereales y la Sociedad Rural se juntaron para hacerle un homenaje al asesino mayor.

–¿Te refieres a Falcón? –preguntó Federico.

–Sí.

–Pero no dejaba de ser un empleado... aunque muy dedicado a su trabajo.

–Sí. La lógica parece ser que el fin justifica los medios... y la verdad, tampoco estoy seguro de que el fin sea justificable – agregó Antonio.

–Cuando creamos los Círculos de Obreros yo pensaba exactamente al revés, que solo los medios podían justificar el fin. Si los obreros podían ser solidarios entre ellos, entonces estaba justificada la causa obrera.

–Eso es muy bello, Federico.

–Así nos enseñó Wilhelm, esa era la verdadera esencia de la doctrina social de la iglesia. Era un planteo universal, nada de unos contra otros, más bien todos por todos. Quizás era un poco utópico, pero Cristo fue el primer utópico al plantear el amor como base de la religión y de la vida social.

–Pero la defensa de la propiedad privada que se plantea en la *Rerum Novarum*, como derecho de los hijos de Dios sobre la creación, parece tomar partido decididamente por los capitalistas.

–Sí, esa es la interpretación de muchos en la iglesia. No se dan cuenta que son muy pocos los hijos de Dios que son propietarios.

–Con esa doctrina quedaron muy atrás del Islam, que considera que toda la riqueza es de Alá y los ricos no son sus dueños sino los responsables de administrarla.

–Sí, leí sobre el *zakat* como obligación y no como caridad. Esa también es una diferencia muy grande –acotó el sacerdote.

–Es que no sólo son dos religiones, son dos culturas. Deberían aprender la una de la otra. ¿No te parece?

–No es fácil, la lucha entre las religiones viene de muy antiguo.

–En eso no estoy tan de acuerdo, Federico. Hubo culturas mucho más tolerantes en materia religiosa que la nuestra.

–Es posible, es posible... Volvemos siempre al tema que tú has mencionado, el del “pueblo elegido”.

–Son dos temas, el del pueblo elegido y el de la religión verdadera. Porque vos podés sentirte elegido y compadecerte de que otros no lo sean; pero cuando te convenciste que tu religión es la única verdadera, ahí tenés que salir a imponerla a todo el mundo para, entre comillas, sacarlos del error.

Era un momento crucial en la vida de Antonio y Federico. Sentían que algo tenían que hacer aún, pero no sabían bien qué. Presagios oscuros se cernían sobre occidente: en España un general se había alzado en contra del gobierno constitucional, en Argentina los militares habían derrocado a Yrigoyen, un tal Hitler se había autoproclamado Führer en Alemania. El militarismo se reinstalaba rápidamente en un mundo que parecía haberse olvidado ya de la Gran Guerra.

Antonio y Federico, a pesar de su diferencia de edad, se sentían aún con fuerzas para dar algunas buenas batallas. Había que elegir el terreno, las armas y los aliados.

7

A las cinco de la tarde Tomás ya no tuvo dudas de que debía regresar al otro día. Llamó nuevamente a la biblioteca y se despidió de Estela y la abuela.

–Hasta mañana, chicas –dijo risueño.

–¿Le gustan las lentejas? –preguntó la abuela.

–Sí, me encantan.

–Bueno, mañana lentejas.

Tomás ya no ofreció ninguna resistencia, estaba en sus manos. Mientras el 20 lo devolvía a Retiro para regresar a su planeta inaugural, iba pensando qué significaría para esa mujer preparar comida para otros. Quizás esa haya sido la actividad más repetida de su vida y, sin embargo, ella no transmitía ninguna sensación de hastío. ¿Costumbre? ¿Rutina? ¿Obligación internalizada?

No lo convencía ninguna de esas descripciones para reflejar su actitud. Quizás... ¿placer?, ¿poder? Ella alimentaba, ella garantizaba la reproducción de la vida. Sí, eso estaba bastante más en línea con lo que transmitía la anciana al haber decidido que era su obligación alimentar a ese extraño.

8

Los encuentros entre el abogado y el cura se habían vuelto habituales. Federico podría haber sido el padre de Antonio, pero entre ellos el trato no expresaba esa diferencia de edad. Antonio

estaba complacido de poder intercambiar ideas con un miembro de la iglesia sobre la cual, dicho sea de paso, siempre había tenido fundadas reservas. Para Federico era un placer charlar con alguien lúcido que, sin ser del clero, era respetuoso de sus posiciones religiosas.

Esa tarde, en el estudio, lo estaba esperando con café recién hecho. Las noticias no eran para nada alentadoras. No sólo estaba enrarecido el clima en el país, sino que en la propia Europa se vivían situaciones de violencia extrema. La guerra civil en España desgarraba los corazones de la inmensa colonia hispana en Argentina.

Muchos de los inmigrantes de fines del siglo XIX y principios del siglo XX no podían ocultar sus simpatías por la República: ¿Qué les había dado a ellos España? Un pasaje a tierras lejanas que habían tenido que pagar de su propio bolsillo. La idea de una sociedad más justa en su patria originaria encendía una llama en sus corazones.

Además, la República era el gobierno legal de España surgido de elecciones libres, y Franco un militar sublevado. Eso tampoco le generaba muchas simpatías, más después de que pidiera a alemanes e italianos que con sus aviones bombardearan y ametrallaran a la población civil.

–Federico, ¿por qué la iglesia apoya a Franco?

–¿Quieres la respuesta corta o la respuesta larga?

–Primero la corta.

–Porque Franco apoya a la iglesia –resumió, mientras le echaba azúcar a su café.

–O sea, que el razonamiento sería: yo apoyo al que me apoya aunque sus principios sean totalmente contrarios a mis principios –enfaticó Antonio, como poniendo en duda que esa conducta sea defendible..

–¿En qué sentido contrarios?

–Bueno, el apoyo a los nobles, a los ricos, a los explotadores, y dar la espalda a los obreros, a los que quieren vivir en una sociedad más igualitaria. ¿Todo eso no sería contrario a la doctrina social de la iglesia?

–En parte sí y en parte no. La mayoría de la iglesia no entiende la doctrina social como tú o yo la entendemos; la interpreta a su manera: hay que defender la propiedad privada ante el avance de los socialistas.

–Pero esa descripción es terrible, presenta a una iglesia sin fines evangélicos, sólo interesada en mantener los privilegios propios y ajenos.

Federico apoyó la cucharita en la bandeja e intentó explicarle a su amigo:

–No es tan sencillo. Hay casos en los que efectivamente es así, pero lo que oscurece más el tema es que los socialistas dicen que Dios no existe. Se mezcla la cuestión social con la cuestión religiosa. Si el que me dice que quiere un mundo mejor me dice

a la vez que Dios no existe, no es fácil tender puentes entre esas visiones.

–El materialismo...

–Exacto. Nosotros no podemos aceptar eso. Esa es la dimensión animal del hombre, es un hombre sin espiritualidad.

–Pero, quieras o no quieras, hay una parte animal en el hombre, desde el momento que tiene que comer, que vestirse, que resguardarse en una casa...

–Sí, la economía es la que atiende la parte animal del hombre. Por eso la doctrina social de la iglesia llama a la responsabilidad a los que más tienen para que traten a los demás como semejantes, que velen para que a ningún hombre le falte lo necesario para tener una vida digna.

–Por lo menos a los que sean católicos, ja,ja,ja. Eso es lo que te encabrita del cambio de nombre de los Círculos, ¿no?

–Capaz, ja, ja, ja. Pero es algo más profundo: si hay una dignidad en el obrero, como dice Leon XIII, eso vale para todos los obreros. Por eso nosotros a los Círculos los llamamos Círculos Obreros. Somos los católicos los que impulsamos los Círculos Obreros porque es parte de nuestra doctrina. Pero ponerles Círculos de Obreros Católicos es un sinsentido: ¿los que no son católicos no tienen dignidad? Es una manera de decirles: vayan con los socialistas, de otra manera no tienen ninguna esperanza de una vida mejor.

Mientras servía más café, Antonio trató de compatibilizar los ideales en pugna:

–Te entiendo. Habría que crear un socialismo con Dios. ¿Un nuevo cristianismo, como creía el Conde de Saint Simón?

–Quizás, quizás. Tu Saint Simón de a ratos parece un gran ateo. Creo que para él la religión es un buen medio, pero para nosotros el amor a Dios es un verdadero fin.

Antonio sabía cómo entendía la vida su amigo, por eso entre ellos se sostenía la amistad más allá de las formas de pensar. No es que él no fuera católico: había sido bautizado por sus padres, se pensaba casar por la iglesia y bautizar a sus hijos cuando los tuviera. Pero con otros sacramentos no se llevaba tan bien: la ida a misa era sólo con fines políticos, “cuando no quedaba más remedio”, y algunos sacramentos como la confesión eran claramente aborrecidos en su familia. ¿A santo de qué un hombre debía ir a contarle a otro hombre sus cosas íntimas? Y a falta de sacerdotisas, ¿por qué una mujer debía compartir con un hombre que no era su esposo ni su padre ni su hermano las cosas de su vida privada? Inmoral, esa era la palabra que reservaba Antonio para la práctica de la confesión. Por eso cuando le criticaban que él no era un “católico practicante” se reía y, si había confianza, agregaba: “No hay que practicar cualquier cosa”.

Pero cuando escuchaba a Federico hablar del amor a Dios, entendía que esa expresión estaba en otro plano: no se hablaba ya de cómo vivir sino de para qué vivir. Además, él, de alguna manera, se confesaba con su amigo sacerdote, no en el sentido

sacramental, claro, sino para honrar su amistad. Las confesiones, en todo caso, eran mutuas.

9

Con la cabeza fresca de la mañana el bibliotecario ya tenía resuelto cómo terminar su tarea con aquellos libros. El primer paso que debía dar para poner en marcha su plan era liberarse de la masa humana que lo aprisionaba en el tren. El segundo tomar el colectivo que lo llevaría de nuevo hasta la casa de La Boca.

Esta vez no se iba a dejar sorprender, toda su atención estaba puesta en descubrir cuándo el 20 cambiaba de dimensión. ¿Sería al pasar por debajo de las autopistas? La sombra que estas moles de cemento proyectaban podía servir muy bien para que, disimuladamente, pase del presente al pasado sin que nadie se diera cuenta.

Pero quizás no. Otro lugar probable era cuando Pedro de Mendoza se transforma en Dardo Rocha. Esa línea virtual que separa la dársena Sur del antepuerto podría ser el lugar ideal, con el velo de la niebla matutina, para saltar de dimensión.

Quizás se distrajo, pero al llegar al semáforo de Almirante Brown el cambio ya se había producido otra vez. Miró por el espejo el rostro del conductor, parecía ser el mismo, con la misma cara aburrida que tenía al iniciar el viaje. *Claro, pensó Tomás, él ya está acostumbrado.*

A pesar de que no llovía, tampoco había sol ese día. Lo esperaba la taza de mate cocido caliente y, esta vez, se la llevó a la

biblioteca. Cuando se dirigía hacia allí volvió a atravesar la galería. Si bien ese día no había gotas de lluvia en la mampara, esa separación traslúcida pintaba de tonos pasteles todo el espacio; era como entrar a un cuadro de Monnet y volver a salir al ingresar a la biblioteca.

Clasificaría esos libros en tres grupos: el primer grupo sería todo lo que estaba roto de manera irreparable, casi basura, y les dejaría a madre e hija la recomendación de que se deshicieran de ellos. El segundo grupo estaría formado por los libros que irían a la biblioteca; esos iban a las cajas y las pasaba a buscar el flete. El tercer grupo, se le había ocurrido esa misma mañana, estaría formado por todos los libros de consulta legal, códigos, boletines, que, estando en buen estado, no eran de interés para una biblioteca pública. Pero, ese grupo de libros, indudablemente tendría algún valor histórico.

Imaginó que el barrio de La Boca era un barrio de museos, debería haber alguno interesado en tener dos estantes con libros con la inscripción: “Biblioteca legal utilizada por fulano de tal, defensor de los trabajadores del puerto entre tal y tal año”. Él mismo podría hacer una búsqueda por internet tratando de ubicar una institución con esas características. Sería a la vez una manera de preservar esos libros y de homenajear la memoria de...

—Estela, ¿cómo se llamaba su papá?

—Antonio.

—¿Antonio qué?

–Antonio, todos lo conocían por el doctor Antonio. ¿Querés escribir su biografía?

–No, sólo pensaba que sería lindo donar su biblioteca legal a un museo.

–Si te interesa hacer una biografía, hacé la de mi mamá. Ella era su inspiradora.

–¿La abuela es abogada?

–No, en su época no era común que las mujeres fueran abogadas. Pero tenía el sentido de la justicia. Papá aprendió eso de ella.

Tomás nuevamente aplicó su táctica secreta para seguir aprendiendo en el satélite “estela” de ese nuevo planeta: quedarse en silencio.

–Papá atendía a la tarde, siempre había personas esperando para contarle su problema con la esperanza de obtener ayuda. Él relataba algunos de esos casos durante la cena y allí mamá siempre daba su opinión.

–¿Y él la escuchaba?

–¿Que si la escuchaba? Así como la ve, ella se hacía oír sí o sí.

–¡Lo que habrían de ser esas cenas! Para ustedes, digo, para los hijos jóvenes.

–¿Por qué cree que los cuatro somos abogados?

Tomás siguió avanzando en la confección de los tres grupos de libros. En el anaquel alto quedarían todos los que luego buscarían museo para ser exhibidos. En los estantes bajos y el escritorio se acumulaban aquellos que iban a viajar a la biblioteca. El piso seguía siendo el lugar que ocupaban los desechables, como anticipando que “polvo eres y en polvo te convertirás”.

Y en ese momento apareció ese libro. En verdad, medio libro, desgajado en forma vertical, como si no hubiera estado cosido o su pegado fuera de baja calidad. Pero no era esa su realidad. Se trataba de un libro bien encuadernado, probablemente con algún tipo de vitela en su armado, papel delicado, tipografía elegante.

Si no fuera por esas características hubiera ido sin demora al piso, pero su presencia llevó a Tomás a dejarlo aparte pensando en que, quizás, al ordenar lo que faltaba aparecía la primera mitad. Vio que en su última hoja rezaba “Este libro se terminó de imprimir en Talleres Ambaré el 18 de julio de 1915”. Se trataba de un libro casi centenario, si apareciera su otra parte era totalmente posible repararlo.

10

–Te quería mostrar este libro –dijo Antonio a su amigo Federico –. El que me lo dio es una persona extraña pero muy interesante.

–¿De qué trata?

–Mirá, no sabría decirte si de religión o de historia o de filosofía, pero todos los temas que trata son interpretados de manera poco tradicional.

Federico hojeó el libro. Más que leer sus títulos o su índice, lo revisaba como un objeto valioso: al derecho, al revés, de canto. Pasaba sus dedos por sus finas hojas, lo abrió en distintos lugares y observaba cómo se comportaba su lomo y su interior.

–Esto es una belleza.

–¿Cómo?

–Que hace muchos años que no veo un libro tan bien impreso y tan bien encuadernado. Piel de cordero, cosido y pegado, alineado el texto al anverso y el reverso de la hoja. Una precisión más que milimétrica: ¡perfecto!

–No sabía que eras un experto en libros.

–Es que nunca te lo dije, Antonio, pero mi padre era imprentero.

–Mirá vos, imprentero en la misma patria de Gutenberg.

–Este libro estuvo hecho por expertos, por personas que dominaban el oficio a la perfección. ¿Sabes dónde queda esta imprenta?

–Aquí dice: Lanús, Provincia de Buenos Aires, Argentina.

–Hay que conocer a esa gente y felicitarlos. Se lo merecen.

–Mi cliente parece más bien anarquista, pero el libro trata de temas sobre los que nosotros hemos hablado últimamente.

–¿Ah, sí? ¿Cómo cuáles?

–Como qué es realmente la iglesia hoy.

–Lo leeré... Pero, qué bello...

11

Cerca del mediodía el bibliotecario ya estaba terminando con su trabajo. Una docena de cajas con un promedio de 30 libros cada una estaban listas para ser transportadas a la biblioteca. Sólo una permanecía abierta y sin faja, por si aparecía algo de valor en los últimos libros que estaba revisando.

En ese momento la abuela llamó a comer.

La personalidad de Tomás, ya rehecha de su fracaso del día anterior, declinó el ofrecimiento.

–Gracias, abuela. ¿Sabe? Está por llegar mi compañero a buscar las cajas y deberé irme con él.

–¿Y es que su compañero ya comió a esta hora? ¿No conoce el refrán que “donde comen tres pasan hambre cuatro” –y rio la abuela de su propia ocurrencia–. Que pase a pasar hambre con nosotras también.

–Es que mi compañero... no es mi compañero, en realidad es el fletero, no sé a quién mandan.

–¿Y es que el fletero no es un hombre?

Recordó lo que le había dicho Estela, sobre que su madre se hacía oír sí o sí, así que con gran regocijo de su cuerpo y de su mente, unos minutos después estaba sentado frente a un plato humeante de lentejas.

–Abuela, ¿usted aconsejaba a su marido en su trabajo?

–¿Aconsejaba? –preguntó la abuela como dando a entender que había algo incorrecto en esa expresión–. Yo le decía lo que tenía que hacer –afirmó, corrigiendo la pregunta con su respuesta.

–¿Cómo era eso? –preguntó Tomás.

–Cómo decirle... Antonio siempre contaba los problemas que le aparecían en el estudio.

–A ver, cuénteme algún caso.

–Le doy un ejemplo, por ahí nos sentábamos a cenar y decía que había un hombre extranjero que había perdido su pasaporte y que se abusaban de esa situación para no pagarle lo que correspondía. Entonces yo le decía que eso era una injusticia, que si el hombre había trabajado le tenían que pagar, y él me decía que la ley exigía que para presentar una demanda debía acreditar su identidad, y yo entonces le decía: “Entonces tu ley no sirve para nada”.

A diferencia de Estela, que siempre estaba por agregar algo más, la abuela conversaba; hablaba y escuchaba. Y si después de

hablar el otro no respondía, entonces se había acabado la conversación.

—¿Y su marido que le decía?

—Él no me decía nada, pero dos o tres semanas después contaba cómo lo había arreglado. Que en la comisaría le habían tomado la denuncia de la pérdida de su pasaporte, que fue a la escribanía con testigos, que después habló con el secretario del juez y explicaba un sinfín de cosas que yo no comprendía.

—¿Y usted que le decía? —Tomás necesitaba reconstruir ese diálogo que mucho tiempo atrás había transcurrido, probablemente, en esa misma cocina.

—¿Yo? Yo no le decía nada, ¿qué le iba a decir, m'hijo? —Hizo una pausa, quizás para ordenar sus recuerdos, quizás buscando cómo terminar la respuesta—. Yo solo le sonreía. Nunca se lo dije, pero yo sabía que él era el mejor.

La sobremesa se extendió un poco más que el día anterior, quizás por la charla con la abuela, tal vez esperando que llegara el fletero. Este resultó ser un hombre sabio que comprendía cuál era la hora de comer y cuál la de trabajar, así que primero almorzó y pasó por Tomás y sus cajas recién a las dos de la tarde.

Una vez cargadas todas las cajas, Tomás le explicó a Estela que lo que quedaba en el piso lo podía ofrecer a algún cartonero para que se lo llevara, mientras que en los anaqueles quedaban los libros de derecho que podrían ofrecerse a alguna institución que se dedicara a temas de la historia de La Boca.

Mientras decía todo esto, de reojo no podía dejar de mirar el medio libro que había quedado solo, en una esquina del escritorio. Nunca había aparecido su otra mitad pero, por alguna razón, no había ido a parar al piso. No lo pensó, con un gesto rápido lo guardó en su mochila.

12

Tomás estaba haciendo orden en sus cosas. Esa fue la oportunidad en que el medio libro volvió a sus manos. En verdad, no lo había olvidado, pero no sabía bien qué hacer con él.

Lo llevaría sin falta a la biblioteca, no con la intención de dejarlo allí, sino para consultar a otros colegas con más experiencia sobre sus características. Pero, definitivamente, tenía que leer algo de su contenido, tener una aproximación a su género y a su tema; quizás eso aclararía definitivamente su origen.

Así que el medio libro fue a parar a su escritorio y quedó, quizás por su carácter de inválido, primero en la pila de libros pendientes de lectura. Ninguno de ellos se atrevió a reclamar “¡Eh!, yo hace meses que espero me abran”. Por el contrario, quedó para todos claro, Tomás incluido, que el medio libro tenía prioridad.

La noche que su esposa tomaba clases de danzas folklóricas le llegó la oportunidad. Con un café y una copita de licor de mandarinas se sentó en el escritorio para empezar con su lectura. Ya sabía que no tenía la suerte de que el libro se hubiera desgajado justo en el inicio de un capítulo, así que la primera

decisión a tomar era si comenzar a leer en la primera página o buscar el primer inicio de capítulo y leer de allí en adelante.

Mejor aún, se dijo Tomás, *haré un esquema con los nombres de los capítulos disponibles*. Prendió la lámpara y tomó el medio libro en sus manos. Como alentada por esa luz, se le cruzó una idea: ¿y si el libro tuviera su índice al final? Sería propio de la época de su edición. Fue, sin tardanza, a las últimas hojas y, allí, comprobó que su esperanza no tenía fundamento.

Dio un pequeño sorbo al café y otro pequeño sorbo al licor. Así le gustaba a él, a pequeños sorbos y que se mezclaran sus sabores en la boca. Volvió al principio del medio libro y comenzó a leer: “dudas, ya que sus textos son los que cierran el nuevo testamento. Pero el debate que existe sobre la tradición llamada «joánica» es insoslayable”. Y allí llegó a un punto y aparte.

¿Qué antecedería a la palabra dudas? ¿Sería “sin”? ¿O “sin lugar a”? ¿O “pueden presentarse”? Todo eso pensaba Tomás, sabiendo que era pura especulación. Pero quizás eso no era lo importante, ya que las dudas o no dudas se predicaban de “la tradición llamada *joánica*”, de la que él no tenía la menor idea.

Siguió adelante con la lectura y le fue quedando claro que lo “joánico” tenía que ver con el San Juan de la biblia, al que se le atribuye la autoría de cinco de los veintisiete libros del nuevo testamento, empezando por un evangelio, siguiendo por tres cartas y terminando con el tremebundo Apocalipsis.

La discusión que se ofrecía en el libro era, en verdad, muy amplia. Parece que no había total certeza de que esos textos atribuidos a San Juan hayan sido escritos efectivamente por él y,

aun aceptando que el evangelio lo hubiera escrito un discípulo de Cristo, ¿quién podría ser el autor de los otros textos? Varias páginas después, al finalizar ese capítulo del que desconocía el título y el inicio, Tomás tenía bastante claro que el libro trataba de algún tipo de investigación bíblica.

Recién al terminar el capítulo incompleto recordó su plan inicial, el de hacer un esquema con los nombres de todos los capítulos. Tarde. Se rio de su ansiedad y se propuso seguir leyendo. Al fin y al cabo, esa lectura no estaba exenta de suspenso: ¿qué vendría después?

Dio vuelta la página y se encontró con el primer título: “El evangelio no sinóptico”. Tomás comprendió que su ignorancia sobre temas bíblicos era mucho mayor de lo que suponía; la única clasificación de evangelios que conocía se componía de canónicos o aceptados por la iglesia y apócrifos, o sea, no aceptados o falsos, según como se quisiera ver.

En el mal está la cura, se dijo a sí mismo, y comenzó a inyectarse e líneas y líneas de ese nuevo capítulo. Como eficaz vacuna, al poco rato ya sabía que de los cuatro evangelios los de Mateo, Marcos y Lucas eran llamados sinópticos por presentar semejanza en sus contenidos y estar organizados, en general, en el mismo orden cronológico. Y, entonces, el no sinóptico era, nuevamente, el de Juan. *Todos los caminos llevan a Juan*, pensó risueñamente.

La llave en la puerta de calle anticipaba la próxima entrada de su esposa. Se levantó a recibirla y ya no volvió a su escritorio. El medio libro volvió a lo más alto de la pila de lecturas pendientes.

13

–Yo estoy tomando wisky. ¿Con qué te puedo convidar? –le preguntó Antonio mostrándole las botellas disponibles.

–Te acepto un jerez.

–Perfecta elección, en línea con tu oficio –bromeó el abogado.

–¿Quién te dio el libro que me prestaste? –preguntó el sacerdote saboreando el vino recién servido.

–Un cliente, podríamos decir.

–¿Lo conoces bien?

–Lo he visto pocas veces, pero lo conozco bien. –Antonio explicó que en los conflictos se conoce mucho a la gente. Están los que se esconden para evitarlos, los que tratan de sacar ventaja, los que se manejan con torpeza, los que se conducen con inteligencia, los que expresan su compromiso con una idea—. El que me prestó este libro es de los inteligentes que se comprometen.

–Es muy interesante su libro. Lo estoy leyendo y me trae viejos recuerdos.

–¿Buenos o malos?

–Inquietantes... de niño soñaba que estaba en algún lugar público... ¡desnudo! Imaginas la vergüenza que sentía en el sueño.

–Dicen que es un sueño habitual a cierta edad.

–Sí, así dicen. Libros como el que me prestaste me hacen sentir desnudo. ¿Y si todas las cosas en las que creemos fueran vestidos imaginarios?

–Te entiendo. Vas por el camino del genio maligno de Descartes.

–Y el *cogito ergo sum* sería en este caso: estoy desnudo, por lo tanto estoy.

–Pero, para la Iglesia –preguntó Antonio –: ¿la fe no es un don?

–Sí, pero libros como éste te hacen dudar si es un don de Dios o un don del demonio.

–Y eso que todavía no llegaste al final. El último capítulo es alucinante, te deja el mundo patas para arriba.

–Ya me falta poco para llegar –le informó Federico–. ¿Has notado algo poco habitual en el libro?

–¿Cómo qué?

–Como que no tiene autor, ni autores.

–Quizás no lo indican para no sufrir represalias. Si no, preguntale a Descartes.

–No exageres, a ese no lo quemamos, ja, ja, ja.

–Es cierto, se conformaron con quemar sus libros en un auto público de fe, ja, ja, ja.

–Lo podríamos invitar a tu amigo y preguntarle, ¿te parece?

–Excelente idea. Voy a organizar una tertulia literaria entre los tres.

Rieron pero quedaron entusiasmados con la idea.

14

Ese día llevó el medio libro al trabajo. Le había hablado de él a Félix, quien, en su opinión, era la persona más erudita en editoriales de toda la biblioteca. De hecho era el titular de *Historia de las empresas editoriales en el Río de La Plata*, en la carrera de Edición.

–A ver tu libro secreto –le dijo con una sonrisa.

–Mi medio libro, ja, ja, ja –respondió Tomás.

Félix lo tomó con sus manos y tocó sus hojas como si estuviera contando dinero.

–Uhm, edición fina –dijo como para sí–. Y es bastante difícil imaginar cómo está partido de esta manera. ¿Viste la vitela?

–Sí, así me pareció. ¿Pero no es sintética, no?

–No, parece verdadera piel de cordero. Un libro encuadernado así no se rompe, salvo, no sé, que le den un hachazo. –Miró con detenimiento la parte del libro que debería estar unida a la otra par-te–. Pero no le dieron un hachazo –y mostrándoselo a Tomás agregó–, un corte perfecto.

–¿Viste la fecha?

Félix fue al final del libro y leyó lo que ya había visto Tomás: “Este libro se terminó de imprimir en Talleres Ambaré el 18 de julio de 1915”.

–Te encontraste un bebé de casi cien años, ¡felicitaciones!

–¿Te dice algo esa imprenta?

–Hay historias, cuentos, pero nada seguro. Es parte de los mitos o de la historia negra de la industria gráfica. ¿De qué trata el libro?

–Lo empecé a leer, tiene todo el aspecto de tratarse de estudios bíblicos.

–Uhm, puede ser.

–¿Qué puede ser? –preguntó inquieto Tomás.

–Los Talleres Ambaré quedaban en Lanús, cuando Lanús no era lo que es ahora. Es difícil imaginarse una imprenta en un ambiente casi rural. Mirá el dominio que tenían del arte de la impresión –dijo mostrándole una hoja al trasluz– que lograban esta calidad con equipos que aún no utilizaban energía eléctrica ni sensores electrónicos.

–¿Quiénes eran sus dueños?

–Eso no se sabe a ciencia cierta. Las instalaciones estaban a nombre de un tal Miranda, pero se cree que posiblemente la

imprensa la administraba un grupo que le arrendaba el establecimiento a Miranda.

–¿Quiénes componían ese grupo?

–Tampoco se sabe –contestó Félix–. El mito dice que probablemente fueran masones o anarquistas. Yo me inclino más por la primera de las opciones. En todo caso, se trataba de un grupo con una orientación bien definida: todos los libros que se le conocen por reseñas, o la mayoría, tienen un sesgo marcadamente antirreligioso; al menos denuncian y reniegan de las instituciones religiosas.

–¿Y hasta cuándo estuvo activa?

–Se incendió en 1916, poco antes de que se realice el Primer Congreso Eucarístico en la Argentina.

Tomás abrió grande los ojos. No sabía cómo relacionar la información que le proporcionaba Félix; si se trataba de una sugerencia o de una afirmación. Félix continuó:

–Nunca se volvió a reabrir esa imprenta, al menos no con ese nombre; y el grupo que la dirigía quedó desconocido para siempre.

–¿Vos pensás que la Iglesia Católica tuvo algo que ver con el incendio?

–No lo sé. Hay una mención en el diario La Nación de esa época... alguien de la jerarquía eclesiástica habría denominado a

Talleres Ambaré “la imprenta del anticristo”. Pero después del incendio no se volvió a hablar del tema.

–¿Tenemos muchos libros de esa editorial en la biblioteca?

–Que yo sepa, medio –respondió Félix con una sonrisa.

15

–Leí el libro que me has dado. Te ha de haber resultado inquietante.

–En verdad, sí. No sabía que existían otros evangelios además de los cuatro de la Biblia. Tampoco que había tantas controversias sobre la autoría de los libros sagrados.

–Sí, Antonio, ese siempre fue un problema grande: saber qué libros habían sido inspirados por Dios y cuáles sólo escritos por la inspiración de los hombres.

–¿Y cómo se puede saber eso?

–Bueno, Dios inspira a otros hombres para que puedan tomar esas decisiones.

–¿Y cómo esos hombres pueden estar seguros de que están siendo iluminados por Dios y no por el demonio o, simplemente, siguiendo las creencias y las preferencias de su tiempo?

–No pueden estar seguros... claro que no pueden.

Los dos se quedaron pensativos. En los momentos donde se hace evidente, pocos, por suerte, que a los hombres no nos es

dado nunca estar seguros de la verdad, por lo general nos quedamos en silencio. No es el respeto ante el misterio, es algo más básico: es la humildad ante la incertidumbre.

–Y, ¿dónde se pueden leer esos otros evangelios?

–No se puede, está perdidos. Pero sabemos que existieron porque hay numerosas alusiones a ellos.

–¿Sabemos por lo menos quienes fueron sus autores?

–Sospechas, comentarios, pero no lo sabemos. Ten en cuenta que han pasado siglos y en esos siglos se les ha perdido el rastro. Pero nos quedan cosas de ellos.

–¿Cómo cuáles?

–Por ejemplo, el nombre de los tres Reyes Magos, la presentación de la Virgen, la infancia de Jesús... todos acontecimientos que son parte de la fe pero no están relatados en ninguno de los libros considerados sagrados.

–¿Y?

–Se supone que todas esas cosas estaban en los evangelios no reconocidos y que de allí se incorporaron a la creencia popular.

–Uhm... ¿No todo lo que cree la gente lo cree la iglesia?

–Lo cree mientras no haya controversia, pero si llega a haberla, el texto oficial es el que manda.

–Entiendo... así lo condenaron a Galileo porque el profeta dijo “sol, tente inmóvil”, demostración más que clara de que éste giraba alrededor de la tierra.

–Algo así... y los Reyes Católicos le dieron plata a Colón para que vaya a dar la vuelta al mundo en una tierra plana, ja, ja.

–Menos mal que esos reyes no eran tan católicos como parecían, ja, ja, ja.

Antonio y Federico rieron de buena gana. Ninguno de los dos alimentaba un amor propio enfermizo que le impidiera reírse de sus propias ideas. Estaba claro que saber cuántos evangelios se escribieron era, además de un tema de erudición histórica, una invitación a la imaginación para pensar de cuántas maneras distintas se podían interpretar los mismos acontecimientos.

Antonio entraba en un mundo de nuevas revelaciones y sentidos. Federico regresaba a su juventud como seminarista donde de esos temas se hablaba en voz baja y sin la presencia de los maestros.

La tesis final del libro era, ciertamente, inquietante: la Iglesia de Cristo podría ser, efectivamente, uno de los monstruos profetizados en el Apocalipsis.

16

Eusebio se alegró por el llamado de Tomás. Desde que se había radicado en Bruselas la comunicación entre ellos, lógicamente, tendía a espaciarse, así que escuchar su voz lo llenó de alegría.

La familia, la mujer, la novia, los viejos... la revista obligada de dos que se quieren mucho y están lejos. El trabajo, la casa, los amigos comunes... La política, la economía, Europa, Argentina...

–Sabés, te llamo por una boludez –claro, después de todos los tópicos anteriores, el motivo de la llamada era una boludez, aunque no lo fuera.

–Contame...

–Estuve trabajando con un libro que no puedo identificar, bueno, con medio libro.

–Ja, ja, ja. ¿Cómo es eso?

–Encontré un libro al que le falta su primera parte, y quiero identificar qué libro es. Es una larga historia.

–¿Qué datos tenés?

–Cinco capítulos completos y la imprenta.

–¿Editorial?

–No.

–¿Año?

–Sí, 1915.

–¿Título y autor?

–No.

–¿Tema probable?

–Algún tipo de estudio o de comentario sobre la biblia.

–Lindo lío –comentó Eusebio–. Mandame un mail con todos esos datos y pienso a ver si se me ocurre algo.

Se hizo un breve silencio. Compartían la pasión por los libros y el problema ahora ya era de los dos. Eusebio fue el primero en romper el silencio:

–¿No pensaste en hablar con Martín?

–Sí, lo llamo ahora cuando corto con vos.

–Dale un abrazo de parte mía. Charlemos un día los tres.

–Dale. ¡Abrazo, amigo!

–Saludos de Julieta.

–Otros. Cariños.

17

–¡Hola Martín! –dijo con sonoridad Tomás.

–¡Hola perdido! ¡Qué lindo escucharte!

Y otra vez familia, amigos, salud, clima, política, economía...

–Necesito que me orientes con un libro.

–Sí, decime.

–Es un libro sobre temas bíblicos, por eso pensé en vos.

Martín, efectivamente, estaba haciendo un curso de perfeccionamiento en bibliotecología religiosa en Roma.

–¿Qué necesitás saber?

–Bueno, antes que nada, título del libro y el autor. –Como Martín no dijo nada, continuó–: Encontré la última parte del libro, me falta la primera mitad.

–Ah, bien –dijo Martín.

–Hablé con Eusebio también, viste que en la Biblioteca Real de Bruselas hay muchos textos escritos en español. Voy a hacer una pequeña ficha y se las mando a los dos, a ver si se les ocurre cómo lo podemos rastrear.

–¿Conocés la editorial?

–No, solo la imprenta.

–Ok, espero tus noticias.

Abrazos que viajaron a través del satélite, gélido y aéreo; o quizás a través del cable suboceánico, húmedo y frío. Pero el decodificador de cada uno lo estampó en la propia piel casi, casi, como si hubiera ocurrido.

18

El estudio de Antonio olía a combustible. La estufa de velas, aunque tenía una llama azul impecable, de a poco iba

impregnando la madera del olor característico del kerosene. Era un olor agradable, un olor que estaba asociado con el calor en esos días fríos del invierno.

El primero en llegar fue el difusor del libro que traía inquietos al abogado y a Federico. La idea de reunir a un supuesto anarquista y a un sacerdote estimulaba la curiosidad de Antonio, estaba de excelente humor y, como siempre, se comportaba como un dedicado anfitrión.

La mesa de ruedas, con sus vasos y copas respectivas, ofrecía oportunidades para los distintos gustos de sus invitados: coñac, whisky, jerez, no faltaba ni el Pernaud importado de Francia. Cuando llegó Federico se hicieron breves presentaciones que consistieron más en un apretón de manos y una sonrisa que en una real información de cada una de esas personas.

Federico quedó sorprendido por la juventud del otro invitado, posiblemente no tuviera mucho más de veinte años. Él, en tanto, ya estaba pisando los ochenta. Si no fuera por las marcadas diferencias entre los tres, bien podría haber sido la reunión de un abuelo, un padre y un nieto.

Antonio ofreció y Federico aceptó una copita de jerez, el propio Antonio solía tomar whisky y, consultado el tercer invitado, preguntó si había café. Antonio le dijo que en un instante lo traía. Algo incómodo por declinar el ofrecimiento del dueño de casa, el joven sintió obligado a justificar su decisión y lo hizo con una frase que resultó sonora:

—No tomo alcohol, es el enemigo número uno de la clase obrera.

Esta declaración lo sorprendió al sacerdote con la copa en sus labios. Acortó el trago y preguntó:

–¿Antes que el opio de los pueblos?

Más allá de la aparente hostilidad de esas palabras, nadie las interpretó de esa manera. Por el contrario, a los tres le parecieron una excelente manera de entrar en tema sin preámbulos.

–Ya regreso –dijo Antonio, y desapareció por la puerta.

–Más que el opio de los pueblos –respondió el interpelado sin poder disimular su sonrisa–. Sabrá usted que el alcohol produce efectos terribles en la vida de los obreros.

–Sí, lo sé.

–Gastan en alcohol dinero que necesitan sus familias, llegan a la casa ebrios y maltratan a su mujer y sus hijos y, lo que es peor de todo, pierden por completo su conciencia de clase.

Federico comprendió que la velada iba a ser realmente interesante. Antonio no se hizo esperar, llegó con el café y se sentaron los tres. El silencio duró solo un instante, los tres preferían los caminos directos a los rodeos y se sentían cómodos preguntando lo que querían saber y contestando, a veces, más de lo que se les había preguntado.

–¿Es usted anarquista? –preguntó sin preámbulos Federico.

–Sí, así es. Pero dentro del anarquismo hay muchas corrientes y muchas maneras de pensar.

–¿Y con cuál se identifica usted?

–Yo simpatizo con las enseñanzas de Errico Malatesta. ¿Saben cómo definía Malatesta el anarquismo? –el rostro de los dos dio a entender que no lo sabían–. Él decía que anarquista es, por definición, aquél que no quiere estar oprimido y no quiere ser opresor; aquél que quiere el máximo bienestar, la máxima libertad, el máximo desarrollo posible para todos los seres humanos.

–Hay que reconocer –dijo Antonio– que eso suena muy cristiano.

–Cristiano puede ser –confirmó con reservas el anarquista–, pero de otro cristianismo distinto al de la Iglesia, de toda iglesia, protestante, católica, ortodoxa.

Federico y Antonio estaban un tanto perplejos. Ellos mismos hablaban de esos temas con frecuencia, pero escuchados en boca de ese joven, realmente adquirirían otra dimensión.

–¿De dónde es usted? –preguntó Federico. Estaba claro que no era argentino, como tampoco lo era él–. Yo soy alemán, y pertenezco a la orden de los Redentoristas, los que se ocupan de los pobres.

–Yo soy polaco, llegué a este país a los 16 años.

Antonio quiso confirmar este nuevo rumbo de la conversación, el tramo anterior había llegado a un callejón sin salida.

–Los tres tenemos en común que somos sensibles a la causa obrera.

–Sí, eso es innegable –apoyó Federico –aunque lo hagamos de muy distinta manera.

–Es lo que cada uno puede hacer –afirmó Antonio–. Yo estudié leyes y creo que el mundo es muy mejorable si se respetaran las leyes existentes y se crearan otras nuevas que impidieran la extrema pobreza.

–Y la extrema riqueza –interrumpió el polaco– ya que ambas están estrechamente relacionadas.

Federico volvió al rumbo que él entendió proponía Antonio:

–Yo me acerco a la causa obrera desde las enseñanzas de Cristo: si todos somos hijos de Dios todos tenemos la misma dignidad y merecemos el mismo respeto. ¿Desde dónde se acerca usted? –interpeló sin ambages a su crítico interlocutor.

Éste no rehuyó el desafío:

–Yo creo en que el ser humano tiene que respetarse a sí mismo, si no, no habrá ley ni Dios que lo respete.

–Eso suena un poco abstracto. ¿Podría precisarlo un poco más?

–Con gusto. La humanidad está enferma de poder, la manera que hemos encontrado para intentar ser felices es oprimir a otros, explotarlos, abusarnos de ellos. Pero ya vemos Europa, eso no lleva a la felicidad, lleva sólo a la guerra.

–Pero los anarquista también apoyan la guerra –terció Federico.

Eso pareció más una provocación que un argumento, pero el aludido no perdió la presencia de ánimo por eso.

–Ya he dicho que hay muchas corrientes dentro del anarquismo. Que Propotkin, ya viejo, haya apoyado a los imperialistas franceses en la guerra no quiere decir que los anarquistas lo hayan hecho.

Utilizar la edad de una persona para justificar o desautorizar sus hechos o dichos ubicaba al anarquista en la misma línea de pobreza argumental que la utilizada por Federico. Lo que no se podía ignorar era que la casi totalidad de los dirigentes y seguidores del anarquismo estuvieron en contra de la guerra y, en ese sentido, en contra de Propotkin. Tampoco Federico, como hombre informado, lo ignoraba; y, para colmo de su sufrimiento, no podía olvidar tampoco a los preladados de su iglesia bendiciendo los cañones con los que cada bando esperaba matar a sus enemigos.

Antonio disfrutaba escuchando los argumentos de esas dos personas; le impresionaba la erudición y presencia de ánimo del joven, quien no se cohibía ante ellos y defendía sus ideas con respeto, pero con firmeza. También admiraba a su amigo, quien se allanaba a conversar con ese joven sin arrogarse autoridad por la edad o por su formación eclesiástica.

–El libro, amigos, vamos al libro –intercedió Antonio.

19

Tomás se sintió acompañado después de la conversación con sus dos amigos, pero sabía que no estaba ni un centímetro más

cerca de la verdad. Tenía pequeñas tareas, eso sí, que esperaba le fueran aportando novedades.

Entre otras cosas, pensó que la búsqueda de los datos filiatorios del libro podía ser una excelente actividad formativa para su pasante. De hecho, no había encontrado aún tareas realmente interesantes para encomendarle. Así que, sin dudarlo, se entrevistó con ella apenas llegó a la biblioteca.

–Buen día, Viviana.

–Hola, buen día –contestó la siempre animosa estudiante de bibliotecología.

–Te quería contar de una búsqueda que estoy haciendo. Quizás te resulte interesante participar.

–A ver...

–¿Te acordás de los libros que traje de La Boca?

–Sí.

–En esa biblioteca encontré un libro al que le falta la primera parte, excelente encuadernación, impreso en 1915.

–¿Qué libro es?

–Justamente eso es lo que quiero averiguar.

Le contó la extraña historia que le contara Félix Apis. Ella conocía a Félix no solo de la biblioteca, sino que lo había tenido de profesor en la carrera.

–¿Y en qué puedo ayudar?

–Bueno, antes que nada, quiero que lo escanees para poder compartirlo con dos amigos que están en este momento en Europa.

Ella asintió con la cabeza. Hasta ahora era más de lo mismo, trabajo de oficina.

–Después –agregó él– todas las ideas que tengas las charlamos. Te agrego al mail con mis amigos y seguimos pensando entre los cuatro.

Eso ya era algo distinto. Una Viviana motivada se fue con el medio libro rumbo a la impresora con scanner incorporado.

20

| | | |
|--|----------|---|
| Enviar | Para... | “Eusebio Alardez”; “Martín Zenteno” |
| | CC... | “Viviana Solís” |
| | Asunto: | Libro 1915 impreso en Talleres Ambaré, Lanús. Argentina |
| | Adjunto: | Resumen.docx |
| Queridos todos: | | |
| Gracias por colaborar más o menos voluntariamente en la búsqueda de datos sobre el medio libro encontrado en una biblioteca de La Boca. Va adjunto un resumen del contenido de lo leído hasta ahora. | | |
| El final del capítulo incompleto habla de “la tradición joánica”. Ésta estaría constituida por los libros del Nuevo Testamento | | |

atribuidos a San Juan. Los cinco capítulos completos que se conservan en esta parte del libro llevan los siguientes títulos:

Capítulo 5. El evangelio no sinóptico

Capítulo 6. Docetismo y gnosticismo

Capítulo 7. Herejía, apostasía y blasfemia

Capítulo 8. De los diversos finales de la historia humana

Capítulo 9. Los monstruos del apocalipsis

Félix Apis me contó una extraña historia sobre la imprenta Ambaré. Parece que la administraba un grupo del que no se conocen sus integrantes. Se tiene la idea de que era una imprenta de línea anarquista, antirreligiosa, que se incendió justo antes de que se realice el primer congreso Eucarístico en Argentina. ¿Accidente? ¿Castigo divino?

Bueno, a medida que sigo leyendo les voy contando. Seguimos en contacto. Abrazos para todos, Tomás

Nota 1: Viviana es la pasante que trabaja conmigo. Eusebio y Martín son amigos y bibliotecarios que trabajan en Europa. Todos presentados.

Nota 2: Viviana manda el libro escaneado apenas lo tenga.

Todos recibieron con alivio la invitación de Antonio a volver sobre el libro que los había reunido. Federico tomó la iniciativa:

–¿Quién es el autor?

–Los autores son varios. El libro es el fruto del trabajo de varias personas de distintos países. Lo que hizo Ambaré fue encargarse de la traducción al español y, por supuesto, imprimirlo.

–Excelente impresión, por cierto –agregó Federico.

–Efectivamente. Me contaron que el jefe de taller en la imprenta era alemán, como usted, y muy detallista.

–Lo que más me impresionó del libro –dijo Antonio– es la idea de que el fin del mundo no está en el futuro, sino que ya ocurrió.

–Es una crítica muy aguda –apoyó Federico–. Al criticar el milenarismo invita a todos los seres humanos, no sólo a los obreros, a dejar de esperar un futuro mágico. En el mundo no hay justicia, y no la hay: no podemos vivir esperando que un día venga Dios y ajuste las cuentas.

–Además parece caprichoso identificar el paso de mil años como clave de la evolución humana, además que el año 1000 estaría mal calculado por la falta de exactitud sobre el nacimiento de Cristo

–respondió el dueño de casa.

–Y, por lo tanto, la llegada del año 2000 también arrastrará ese error –confirmó el sacerdote.

–Pero ese no es el punto en el libro –se sumó el anarquista–. El punto es que el milenio es una metáfora sobre el enfriamiento del sol. Decir mil años, desde la perspectiva de la vida humana, es decir muchísimo tiempo. Podrían ser diez mil o cien mil, sería lo mismo.

Se produjo un breve silencio, posiblemente quedaron sobrecogidos por el sentimiento de la brevedad de la vida. Luego continuó:

–Los autores comprendían eso, que el milenarismo como fin del mundo sólo significaba el fin de nuestro sistema solar y, por lo tanto, de nuestra vida. Y creen, de sus estudios, que Juan, el autor del Apocalipsis, entendía eso.

–¿Y por qué escribir entonces sobre el fin del mundo? –preguntó Antonio.

–Bueno –respondió el anarquista–, la tesis del libro es que el fin del mundo se produjo con la llegada de Cristo.

–¿En Belén o en el Gólgota? –preguntó y se preguntó a si mismo Federico.

–Por lo menos, a lo que yo entiendo –agregó Antonio– lo que tratan los autores es de interpretar a Juan hablando del fin de un mundo, el mundo de las diferencias insalvables, de los pueblos elegidos, de las guerras religiosas, de la opresión de unos seres humanos por parte de otros seres humanos.

–En tal caso, ha sido un fracaso –dijo el religioso–. Ese es el mundo que siguió y sigue existiendo.

–Eso es lo que dice el libro –agregó el anarquista–. Nadie entendió que la llegada de Cristo era el final de ese mundo. Y la primera que no lo entendió fue la propia Iglesia.

–La iglesia es una institución humana, zarandeada por las pasiones humanas, aunque echen incienso y hablen en latín para que nadie entienda.

–Amén –dijo Federico, y rieron los tres.

22

–Yo creo que el texto puede tener que ver con la formación de los Círculos Católicos de Obreros –le dijo la pasante días después.

–¿Y de dónde te viene semejante idea?

–¿No me dijiste que el libro provenía de la casa del padre Grote? Estuve leyendo su biografía y...

Tomás no pudo contener la risa. Viviana lo miraba sin entender qué era lo gracioso de la situación. Cuando pudo, por fin, parar de reír, la hizo partícipe del equivoco que había producido su hilaridad:

–La casa de Padre Grote, de la calle Padre Grote, en La Boca.

–Ja, ja, ja –Siguieron las risas, esta vez ya de a dos.

–¿Quién era el padre Grote? –preguntó Tomás.

–Era un tipo súper interesante. Cura redentorista venido de Alemania. ¿Querés sorprenderte? Fue el que inventó las peregrinaciones a Luján y un referente en lo de la Doctrina Social de la Iglesia.

–¿Estuviste investigando?

–Sí. Hay dos biografías publicadas y alguna información en internet.

–¿Leíste las biografías?

–Estoy leyendo una que tenemos acá. La otra no la tenemos.

–¡Qué bien! ¡Qué bien! –dijo Tomás. Aunque hubiera tomado un camino errado, era bueno que tuviera iniciativa. Siempre había sospechado que su pasante tenía potencial, pero aún no lo había podido demostrar–. ¿Cómo se te ocurrió lo del padre Grote?

–Bueno, me contaste que el dueño de la biblioteca era un abogado laboralista en La Boca, y Grote también fue un defensor de los obreros. Fue el creador de los Círculos de Obreros Católicos.

–Ah.

–Y uno de los primeros Círculos que se crearon fue el de Barracas Norte. Así que me dije, temas bíblicos, obreros, La Boca, padre Grote, ¡todo eso ha de tener algo que ver!

–¡Qué ingeniosa! –dijo Tomás con admiración–. ¿Hasta qué año vivió el padre Grote?

–Hasta 1940.

–¡Uhm! Fueron contemporáneos... al menos durante unos años.

La conversación con su pasante le recordó que debía llamar a Estela.

23

–Hola, campeón –la voz de Eusebio sonó en el teléfono. Tomás se alegró, como siempre, de escuchar a su amigo–. ¿Cómo andan tus cosas?

–Bien, bien. ¿Las tuyas?

–Bien también. –Se hizo un breve silencio.

–Con novedades para vos, si es que todavía andás atrás del libro que me contaste.

–Sííí. Contame.

–Acá en Bruselas no encontré nada, pero estuve revisando el catálogo de la biblioteca de Amsterdam...

–¿Y?

–Hay que chequear un par de cosas, pero creo que encontré el libro.

–¡Noooo! Sos un genio.

–¿Fuiste hasta Amsterdam? ¿Viste el libro?

–No, hice una búsqueda *on line*. El libro está digitalizado y los últimos capítulos tienen los títulos que vos me pasaste. Cuando me llegue el escaneado compararé algunas páginas para estar totalmente seguro.

–¿Cómo lo encontraste?

–Entré con un genérico “Textos en español”, y agregué a la búsqueda algunas palabras poco usuales, como “deuterocanónicos”, “doscetismo”, y apareció.

–Ya lo llamo a Martín. Es posible que para él sea un hallazgo importante también. Podría ser material para su tesis.

–Ya lo llamé y él lo está leyendo. Me dice que es una pieza única, que va a hacer gestiones para que biblioteca Casanatense lo incorpore a su catálogo.

–Genial Eugenio. Pasame el link así puedo leerlo desde el principio... y gracias.

24

La noche avanzaba pero ninguno de los tres mostraba interés en dejar la conversación iniciada sobre el libro. Antonio siguió proveyendo bebidas frías y calientes, y algunos entremeses para hacerles compañía.

–¿Por qué un anarquista se interesa en una historia religiosa? – pre-guntó con sincero interés Federico.

–En verdad me intereso más bien por la conciencia no religiosa de los escritos de Juan –contestó el joven polaco.

–¿Cómo es eso? –se interesó Antonio. Él, que se consideraba un lector sagaz, no lo había percibido en el libro.

–Bueno, no es que lo diga, pero lo insinúa. Vean que dice claramente que a Dios nunca nadie lo ha visto.

–Pero esa es una metáfora que puede querer decir cosas muy distintas. Por ejemplo, puede querer decir que Dios es inaccesible para los seres humanos, que se encuentra en un plano muy superior.

–Hubieras sido un excelente intérprete bíblico, Antonio –rio Federico.

–Pero el caso –insistió el anarquista– es que Juan supuestamente estuvo con Cristo, fue su apóstol: no podría decir que nadie había visto a Dios. Salvo que supiera que Cristo era un hombre con un mensaje, pero no el hijo de Dios.

Federico quedó pensativo. No le suscitaban dudas las palabras del joven: con el tiempo y el lugar adecuado se sentía en condiciones de mostrarle los errores de interpretación que lo llevaban a esas conclusiones falsas. Lo que le impresionaba es que un joven animoso e instruido pudiera contradecir las enseñanzas milenarias de la Iglesia, y que encontrara buenos argumentos para ello.

Llegó la medianoche y pasaron por su puerta hacia el otro día. La charla fue decreciendo y la amistad creciendo. En ese estudio, con piso de madera y anaqueles con libros, un abogado, un anarquista y un sacerdote conversaban sobre los problemas más importantes del mundo.

Cuando Tomás quedó sólo en su escritorio llamó a Estela. Nadie atendió, pero siguió repitiendo las llamadas durante el transcurso del día, hasta que una voz apareció del otro lado de la línea:

–Hola. ¿Con Estela, por favor?

–Sí, soy yo.

–Buenas tardes Estela. Soy Tomás, el de la biblioteca que ordenó los libros de su papá.

–Hola. ¿En qué puedo ayudarte?

Tomás ya había notado que Estela pasaba del usted al vos con frecuencia.

–Quería avisarle que tengo una lista de bibliotecas de La Boca que podrían estar interesadas en los libros de consulta legal de su papá.

–¡Qué bien! Si me la envía por mail puedo contactarlos directamente.

–Perfecto. Tengo su mail, de cuando nos escribió a la biblioteca.

Estuvo tentado de preguntarle si sabía quién había sido el padre Federico Grote, pero no lo hizo.

En el estudio del abogado seguían las controversias bíblicas. El joven polaco explicaba, con la certeza que da esa edad, que el relato bíblico era uno de los tantos relatos que circulaban en la antigüedad. Que hay libros muy parecidos en otras culturas.

–Por ejemplo –explicaba –, una mortal embarazada de un Dios, como la Virgen María, era un tema recurrente en la antigüedad. Zeus tenía la costumbre de embarazar mortales y a las gentes de esos pueblos esas cosas les parecían totalmente posibles.

Federico carraspeó. No le parecía ni el momento ni el interlocutor para adentrarse en esas profundidades antropológicas.

–Eso es absolutamente cierto –afirmó Antonio–, pero sigo sin entender por qué la iglesia es uno de los monstruos del Apocalipsis... aunque haga cosas monstruosas –agregó, mirando de reojo a su amigo.

Federico miraba el piso. Sabía que algunos de los planes de Dios a veces parecían descabellados, aún para él mismo.

–Los monstruos del Apocalipsis... Estos eran tres, pero, pongan atención –reclamó el joven–. Uno de los monstruos es el que viene por mar, con diademas en su cabeza. Las diademas eran símbolo imperial, hay acuerdo que se refería al Imperio Romano. El otro monstruo viene por tierra. Si pensamos que Juan dice tener esa visión en la isla de Patmos, bien pegada a Asia Menor, ese monstruo representa, con toda probabilidad, a los reinos del Asia que adoraban a sus soberanos.

–Lo que está diciendo Juan –terció Federico apoyando inesperadamente el planteo– es que no hay que adorar al poder político sino a Dios.

–Exacto –ratificó el joven con entusiasmo ante el apoyo recibido de la autoridad eclesial–. Pero lo que queda por explicar es qué representa el tercer monstruo, el dragón escarlata con siete cabezas que viene del cielo.

–Sí, leí el libro. Dice que las siete cabezas representan a las siete iglesias a las que está dirigido el texto de Juan y que, por lo tanto, el tercer monstruo es la Iglesia. Pero desde antiguo se sabe que el dragón simboliza a satanás.

De esta manera, Federico dejaba en claro que su coincidencia con el defensor del texto era muy parcial.

–Ahí está el error –insistió el anarquista–. Juan está hablando de peligros terrenales, como son los imperios y los reinos, no está hablando de seres espirituales, como lo sería satanás. Y aunque hasta a mí me cueste creerlo, la profecía de Juan se terminó cumpliendo: el monstruo del agua, el Imperio Romano, terminó ayudando al dragón declarando religión oficial al cristianismo y pasando a perseguir a todas las demás religiones.

–Debes reconocer, Federico, que el argumento no carece de sustancia.

–Sí, lo sé, lo sé. Aunque no lo creas, yo a veces también pienso que no alcanzó con que Cristo echara una vez a los mercaderes del templo. Se volvieron a instalar con bastante rapidez.

A pesar de ser noche cerrada, escucharon ruidos en la casa. Antonio los tranquilizó:

–Es la señora de la limpieza, se levanta a esta hora todos los días.

27

Cuando Antonio entraba con la bandeja donde traía el café, la leche, las tostadas, la mermelada, la manteca, el azúcar, las servilletas, o sea, el desayuno completo, sus dos invitados, tan diferentes, conversaban amigablemente.

–¿Cuáles son tus planes? –le preguntaba el sacerdote al joven al que ya tuteaba con afecto. La diferencia de edad lo autorizaba.

–Me gusta mucho la Argentina. Acá hay gente de todas partes: polacos, italianos, españoles, franceses. Se aprende mucho aquí. Pero creo que voy a volver a Europa.

–¿A Polonia? –terció Antonio.

–No. De Polonia me fui huyendo de la miseria y de las persecuciones. Volveré algún día, extraño el pueblo en que nací y a los amigos con los que fui descubriendo el mundo. Pero tiene que cambiar mucho para que pueda regresar.

Esos tres hombres, de tres generaciones distintas, se quedaron callados. El porteño, que en ese grupo pertenecía a la generación intermedia, comprendía el dolor de esos dos inmigrantes que habitaban tan lejos de sus orígenes.

El alemán, el más veterano, también se preguntaba si él volvería a Europa alguna vez, a su Alemania empobrecida por el pago de

las indemnizaciones de guerra y de la que no llegaban noticias alentadoras. Fue el joven polaco el que rompió el silencio:

–El deber me llama a España. La República es una luz, si se apaga vendrá una noche muy oscura –y miró significativamente al cura.

Éste sabía que su iglesia estaba tratando de apagar esa luz. No se sentía tan confundido como apenado por los desencuentros humanos. ¿Por qué las bombas franquistas tenían que caer sobre la cabeza de su joven amigo que, en muchos aspectos, era más cristiano que muchos cristianos que él conocía?

Antonio, como buen anfitrión, buscó un tema que los sacara de ese momento tan melancólico.

–Lamento oír que va a viajar, joven. De cambiar de planes, usted será un invitado especial a mi boda que se realizará en primavera.

–Si es que sus ideas no le impiden asistir a una ceremonia religiosa –agregó Federico captando inmediatamente la intención de su amigo–, porque sepa que, así como lo ve de descreído, a este abogado lo voy a casar yo.

–Amigos –completó Antonio–, a no perder el ánimo: siempre que llovió, paró.

Los tres sonrieron.

–Cuando salga el sol para la humanidad los espero en mi pueblo. Queda cerca de Varsovia. Se llama Marki. Allí preguntan por mí, por Simón, el hijo de Simón, todo el mundo me conoce.

–Los jóvenes se creen inmortales –rio Federico–. Está partiendo hacia una guerra y ya invita a su casa para cuando todo termine.

Ese es el espíritu que hace avanzar al mundo, pensó Antonio para sí. Sin esa creencia juvenil, nada nunca cambiaría.

–Si cuando salga ese sol que usted dice aún tengo edad para emprender el viaje, acepto su invitación –dijo decidido el abogado.

–En mi caso –agregó el cura– necesitaría que ese sol salga muy rápido.

Volvieron a reír. No era de alegría, claro, era el resultado de tres caracteres severos que se animaban a mirar cara a cara su realidad y a no dejarse abatir por ella.

Estaban terminando el desayuno y el alba se aproximaba. Antonio y Federico tenían el alma templada con el alcohol que, en pequeñas dosis, fueron bebiendo durante toda la noche. El joven anarquista no necesitaba del alcohol: era un sentimental por naturaleza.

–¿Tiene algo filoso con qué cortar, don Antonio?

–¿Para cortar qué?

–Para cortar papel –dijo el polaco.

–¿Un cortaplumas le serviría?

–Sería lo más adecuado.

Antonio se levantó, fue hasta su escritorio y sacó un cortaplumas de uno de los cajones. El joven anarquista se arrodilló frente a la mesa ratona y tomó el libro. Lo abrió aproximadamente al medio y, con mucha precisión, lo fue cortando hasta que quedó dividido en dos partes prácticamente iguales.

Sus dos contertulios miraban fascinados ese rito para ellos desconocido. Cerró la hoja del cortaplumas y se lo devolvió al doctor. Se puso de pie con las dos partes del libro en sus manos y dijo:

–Este es un pacto, nuevos y queridos amigos. –Cierta solemnidad acompañaba sus palabras–. Este libro nos unió y ahora que nos vamos a separar, está bien que él también se separe. Una parte viajará conmigo a Europa y la otra quedará con ustedes en la Argentina.

Antonio y Federico no pudieron evitar la emoción. Ambos se pusieron de pie.

–Cuando nos encontremos en Marki, mi pueblo, este libro, al igual que nosotros, se va a volver a reunir.

Esta vez no hubo sonrisas. Cuando Antonio recibió el medio libro lo apoyó en la mesa y estrechó al joven en un abrazo. Federico se sumó al abrazo de ellos dos transformándolo en un abrazo grupal. Los ojos húmedos de los tres indicaron que el pacto estaba sellado.

28

Antonio leía el diario mientras tomaba unos mates.

–¡No lo puedo creer! –dijo en voz muy alta, tanto que su esposa se sobresaltó.

–¿Qué pasó?

–Cambiaron el nombre de nuestra calle, ya no es más San Patricio segunda.

–Ah, me hiciste asustar. Pensé que se trataba de algo grave.

–No es grave, pero es.... –Su voz se notaba quebrada–. No te podrías imaginar ni en mil años qué nombre... –y las palabras se negaron a seguir saliendo, tal era el nudo que tenía en la garganta.

Ella comprendió que estaba realmente conmovido y se sentó a su lado. Apoyó la cabeza en su hombro y él, con el dedo, le señaló un recuadro en el periódico: “Se publicó en el Boletín Municipal Nº 8.594 el Decreto-Ordenanza Nº 6181/1949 por el cual se cambia el nombre a la calle San Patricio segunda por el de Padre Federico Grote”.

Su esposo había sufrido mucho la pérdida de su amigo, tanto es así que cuando nació su primer hijo varón se llamó Federico. Ella le apretó fuerte del brazo y le dijo al oído:

–Federico no quería estar lejos de esta casa.

FINAL

Veintiséis de abril en Madrid. Un hombre, aún joven, entra al museo Reina Sofía y, siguiendo la guía impresa en inglés, se dirige hasta el lugar donde el Guernica está en exposición

permanente. Si se lo observa de cerca se verá que lleva un libro en la mano, un extraño libro, ya que tiene tapa sólo en uno de sus lados.

Quien lo conociera más sabría que ese es un libro que le heredó su abuelo polaco. “Si alguien viene a buscarme desde Argentina y trae la otra parte de este libro, recíbelo: es un amigo”, fueron sus palabras cuando le entregó ese extraño legado.

Pero ya no quedaba nadie de su familia en Marki. Primero Varsovia y luego Estados Unidos fue el derrotero de los descendientes del abuelo. En el caso, muy poco probable, de que alguien llegara a buscarlo, ya no encontraría quien diera cuenta de su existencia.

Pero tampoco podía tirar el libro a la basura. No era un objeto que su abuelo había dejado entre sus cosas al morir, no; se lo había heredado a él, a su nieto mayor cuando recién era un adolescente, confiando en que él sabría encontrarle su justa significación. Nunca supo de qué trataba, estaba escrito en español. Eso no le llamaba la atención, sabía que su abuelo antes de regresar a Polonia había vivido en Argentina y después se había enrolado para defender la República en la Guerra Civil Española.

Esos recuerdos lo inspiraron: dedicaría tiempo en sus próximas vacaciones en España para conocer más acerca de esa guerra. Era una manera de sentirse en comunión con su abuelo, que había vivido y arriesgado su vida en esas tierras. Le abismaba pensar que si hubiera muerto allí, él no existiría.

Si alguien hubiese observado a ese hombre joven al salir, habría notado que ya no llevaba nada en la mano. Los guardias del museo estaban acostumbrados, a pesar del control que se hacía a los visitantes al ingresar, a recoger alguna flor o algún poema en el salón del Guernica. Pero ese día se vieron totalmente sorprendidos al encontrar, en el suelo, justo enfrente del cuadro de Picasso, un medio libro.